

San Tirso de Toledo, tragedia perdida de Lope de Vega

San Tirso de Toledo, Lope de Vega's Lost Tragedy

Abraham Madroñal

Universidad de Ginebra
SUIZA

abraham.madronal@unige.ch

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 2.1, 2014, pp. 23-54]

Recibido: 15-11-2013 / Aceptado: 09-12-2013

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2014.02.01.03>

Resumen. Se estudia en este trabajo el conjunto de circunstancias novelescas que rodearon la tragedia perdida de Lope *San Tirso de Toledo* (1597), encargo expreso del ayuntamiento toledano para demostrar que la ciudad contaba con un nuevo santo patrono, según quería el jesuita Jerónimo Román de la Higuera. Se da cuenta de las opiniones encontradas que suscitó el asunto entre el ayuntamiento y la catedral primada y cómo Lope se posicionó a favor de uno de los dos bandos. Se aporta también la muy posible fuente de la tragedia y la fecha precisa de la misma.

Palabras clave. San Tirso, Toledo, Lope de Vega, mozárabes, Román de la Higuera.

Abstract. This paper studies the series of fictional circumstances surrounding Lope's lost tragedy, *San Tirso de Toledo* (1597), which was specifically commissioned by the town hall of Toledo to show that the city had a new patron saint, as the Jesuit Jerónimo Román de la Higuera wanted. It recounts the clash of opinions that the issue provoked between the town hall and the primate cathedral, as well as how Lope took sides in the matter. The study also provides the likely source of the tragedy and its exact date.

Keywords. Saint Thyrusus, Toledo, Lope de Vega, Román de la Higuera.

En la lista primera de *El peregrino en su patria* (1604) cita Lope una comedia hoy perdida que se titula *San Tirso de Toledo* y que también conocemos simplemente como el nombre del santo, *San Tirso*. No es baladí el título completo, porque con él ya se posicionaba Lope al lado de los que defendían la relación de este santo con la ciudad de Toledo, de la que pretendieron hacerle patrón hacia 1595-1597. Todo ello después de la aparición de unas ruinas cerca de la catedral de la ciudad,

que algunos defendieron que eran las del templo de este santo precisamente. Sin duda, quien más interés tuvo en esta defensa fue el famoso falsario padre jesuita Jerónimo Román de la Higuera (Toledo, 1538-1611), inventor de los falsos cronicos; pero con él otros personajes de relieve como el famoso sacerdote Alonso de Villegas, capellán mozárabe (porque san Tirso era un santo mozárabe, como luego veremos) y el corregidor de la ciudad, el caballero calatravo don Alonso de Cárcamo. Este último encargó a Lope la composición de la comedia y defendió a capa y espada al dramaturgo de las críticas de personajes poderosos como el deán de la catedral y el canónigo Pedro Salazar de Mendoza, famoso historiador también, que criticaron la superchería de pretender inventar un nuevo santo que nada tenía que ver con la ciudad. Y aunque sobre el asunto y sobre la comedia ya había llamado la atención hace algunos años otro estudioso¹, creo que hoy estamos en situación de añadir algunas novedades.

Lope escribió una tragedia reconstruyendo la vida y muerte del santo, pero todo lo que rodea a san Tirso es una especie de novela truculenta que nos habla de los malos modos entre la sociedad toledana de finales del siglo XVI y de los enfrentamientos y banderías, por una parte de la catedral primada y por otra del ayuntamiento de la ciudad, con el rey y la Inquisición de por medio. Y de aquí partimos para reconstruir un episodio apasionante de la mezcla de la literatura, del teatro en particular, instrumentalizado en pro de una causa que no deja de ser religiosa y política a la vez y que evidencia la lucha de los grupos de presión por conseguir salirse con la suya, independientemente de quién tuviera la razón.

LOPE POETA TOLEDANO: HACIA LA CREACIÓN DEL NUEVO MITO DE TOLEDO

Por estas fechas, Lope es considerado y se considera a sí mismo poeta toledano y paga su tributo a la ciudad que lo acoge de forma ocasional en varias ocasiones de las décadas 80 y 90 del siglo XVI y como ciudadano suyo entre 1604 y 1610². Lope participa del sentimiento de los habitantes de la ciudad, que llaman a Toledo ciudad imperial, corte de los visigodos y de la nobleza en particular, vigía de la hidalguía de Castilla (por la existencia en ella de los mozárabes) y sede primada de España, y como tal, el dramaturgo lo defiende con sus obras. Compone buen número de comedias de tema histórico o legendario con Toledo como protagonista, pero también obras hagiográficas y de asunto intrascendente, como *La noche toledana*. De alguna manera, Lope, como toledano, pretende incidir en la idea de que Toledo puede volver a ser la corte de España frente a Madrid o Valladolid y que merece seguir siendo la sede de la catedral primada frente a Santiago y otras ciudades que le disputan este privilegio.

Para abundar en esta idea, hay un conjunto de comedias de Lope de tema y escenario toledanos³, que pretenden destacar lo extraordinario y milagrero de la ciudad y sus ciudadanos, algunas de ellas pagadas por instituciones que se quieren

1. Martínez de la Escalera, 1999a y b.

2. San Román, 1935.

3. Allué y Morer, 1958.

promocionar, como el ayuntamiento, o instituciones religiosas como la Cofradía de la Caridad en Illescas o particulares como la familia Suárez Franco en Toledo⁴.

Para Lope y su entorno, Toledo es comparable a Roma y su geografía similar a los santos lugares, quizá porque si había dudas en cuanto a la capitalidad de España, no había ninguna sobre la primacía espiritual de la ciudad, sede de la poderosa catedral primada y del arzobispo más importante. Toledo era la ciudad de la Iglesia más rica del mundo después de Roma. Sus múltiples iglesias, conventos y monasterios evidenciaban este lugar de privilegio; pero entre tantos clérigos había, como no podía ser de otra manera, sus rivalidades y rencillas, y Lope toma partido a favor de unos y se enfrenta a otros. En otro lugar, y a propósito de otra comedia de Lope muy relacionada con la presente, *El niño inocente de La Guardia*, nos referiríamos al intento de equiparar Toledo y su entorno con la tierra de Palestina: Toledo sería Ascalón; Tembleque, Betlén (apoyándose en el trueque de letras); La Guardia, Jerusalén, etc.⁵

MOZÁRABES CONTRA LATINOS

En la ciudad de Toledo existía, además, una importante diferencia entre el rito mozárabe o gótico, propio de las parroquias mozárabes, y el romano, propio de las latinas (la mayoría de las de la ciudad). Los mozárabes eran herederos de un rito particular (el gótico o toledano, también llamado propiamente mozárabe y genuinamente español, heredero directo de los visigodos y propio de unos cristianos que habían mantenido su fe, precisamente en Toledo, durante la dominación árabe) frente al rito latino o francés de la mayoría de las parroquias de Toledo⁶. Las parroquias mozárabes eran seis en Toledo y también tenían este rito algunas capillas dentro de la catedral primada. Lope, quizá por influjo de Valdivielso o del otro personaje del que enseguida hablaré, el padre jesuita Jerónimo Román de la Higuera, se alinea en torno a los capellanes mozárabes y se enfrenta con ellos a sus adversarios.

Amigo importante de Toledo desde prácticamente el establecimiento del Fénix en la ciudad fue el maestro José de Valdivielso, capellán mozárabe que, como tal, sufrió en sus carnes los encontronazos con los sacerdotes latinos, cuando su oposición como capellán. No en vano se enfrenta a varios como Juan Bautista Cameño, que resulta una y otra vez preterido cuando oposita a alguna de las capellanías mozárabes y acusa a Valdivielso y otros de que no saben latín⁷. Otro amigo de Lope y de Valdivielso tuvo que ser por fuerza otro capellán mozárabe, el maestro Eugenio de Robles, que en el mismo año de 1604 publica su libro *Compendio de la vida y hazañas del cardenal don fray Francisco Ximénez de Cisneros y del oficio y misa muzárabe* (Toledo, Pedro Rodríguez, 1604) y lo dedica al cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas, con versos preliminares del regidor don Pedro Vaca de Herrera

4. Madroñal, 2013.

5. Madroñal, en prensa.

6. Hitchcock, 1989.

7. Madroñal, 2002.

y los poetas amigos de Lope el doctor Gregorio de Angulo, el maestro José de Valdivielso, Martín Chacón, Alonso Palomino, el presbítero Francisco Gutiérrez y el jesuita Higuera. Es decir, el grupo de Lope.

No es insignificante el libro ni la presencia de los ingenios toledanos: de alguna forma se quiere hacer valer la antigüedad y nobleza del rito mozárabe frente al latino y ponderar la creación de la capilla por parte del cardenal Cisneros, a la que también favorecía Sandoval y Rojas. Oficio gótico, nobleza al fin y al cabo para Toledo, singularidad de la ciudad y milagros que se cuentan por cada una de las iglesias mozárabes. Robles había publicado también, un año antes, otro libro dedicado precisamente a dicho rito: *Breve suma del oficio santo gótico mozárabe* (Toledo, 1603), y parece que con la publicación de este libro y con el dedicado a Cisneros que quiere salir al paso del canónigo toledano y famoso historiador el doctor Pedro Salazar de Mendoza, que también en 1603 había dedicado su obra al cardenal Tavera, sin ningún panegírico poético preliminar. Salazar es, como veremos, enemigo de Higuera, por lo menos desde 1595, y también lo será de Lope de Vega.

Los capellanes mozárabes se unen entre sí contra los demás: Valdivielso, Villegas, Pisa o Robles, todos amigos de Lope de Vega; y de ese grupo participa también Higuera con algún poema preliminar a libros de sus amigos y el clérigo Alonso Palomino, capellán en la capilla de don Pedro Tenorio de la catedral, arzobispo sobre el que escribiría una *Historia* otro amigo de Lope, el doctor Eugenio Narbona (1624), también capellán de la misma capilla. Narbona pertenecía a una poderosa familia de conversos toledanos, en la que abundaban los juristas, como don Alonso Narbona⁸, que aparecerá después en el proceso de san Tirso.

Parece que don Bernardo de Sandoval y Rojas veía con buenos ojos a este grupo de ingenios, incluido el propio Lope. Es sabido que era benefactor de escritores como Lope o Cervantes y, desde luego, del citado Valdivielso, que ocupó un cargo importante en su entorno. Pero Salazar de Mendoza no debía ser amigo ni del arzobispo, ni de estos amigos de Lope, ni del poeta tampoco; a su vez, presume de ser un historiador veraz, frente a los que inventan documentos y leyendas; así en la publicación de su *Crónica del gran cardenal de España don Pedro González de Mendoza* escribe:

No por eso diré cosa que pueda ser juzgada por sospechosa, ni todo lo que se debe, sino mucho menos de lo que se pudiera. No escribiré *ad effigiem iusti imperii*, como Jenofonte la *Ciripedia*, *ad fidem historiae*, sí con toda verdad, sin malicia, ficciones ni afeites, que no son menester. Lo que hallaremos en escritores verdaderos y de muy aprobada opinión o estuviere bien averiguado por instrumentos y papeles auténticos, dignos de entero crédito (Salazar de Mendoza, *Crónica González de Mendoza* 1625, B3v).

Nos parece que la crítica parecía dirigirse a su enemigo Higuera o tal vez a su contrario Eugenio de Narbona, cuya obra *Política civil* (1604) había sido mandada recoger por la Inquisición (después de una denuncia) hasta que saliera revisada a

8. Martz, 2003.

mejor luz, como así ocurrió en 1621. A consecuencia de ese y otros disgustos Narbona moriría poco después, en 1626. Lope le dedicó un soneto bastante misterioso, que dice:

Nació en tu misma patria, oh gran Narbona,
 el envidioso que causó tu muerte
 porque el aliento que la envidia vierte
 todo espejo de letras inficiona. [...]
 Pero ya que quitarte emprende en vano
 la pluma de oro, que a inmortal memoria
 eterna consagró tu docta mano,
 no te quitó del escribir la gloria
 con que fuiste Salustio toledano
 y el mejor español en breve historia.
 [Lope de Vega, *Obras sueltas*, 1776, p. 506]

Jean Vilar ha sugerido antes que yo que Lope alude aquí al propio Salazar de Mendoza, también historiador toledano, seguramente criticado por el propio Narbona en sus obras⁹. En un «memorial de testigos sospechosos», que se conserva en el Archivo Histórico Nacional para un expediente para caballero de Santiago de don Juan Chacón de Figueroa, se escribe de él lo siguiente:

Tengo por sospechosos al doctor Salazar de Mendoza, entre otras razones por haberme dicho el doctor Corral, comisario del santo Oficio, que me guardase del doctor Salazar de Mendoza, porque era mal hombre y mala bestia¹⁰.

Y añade una información que confirma lo que decíamos más arriba, que, siendo hechura como era del cardenal Sandoval y Rojas, era el mayor enemigo que tenía en su cabildo. Y termina con una comparación que no deja lugar a dudas: «es un Judas». Lope se había encontrado con un poderoso adversario que desde el episodio de san Tirso del que hablaré inmediatamente sería enemigo suyo y de todos los literatos de su círculo, los capellanes mozárabes y el falaz Higuera. Todo quizá por el deseo de contar con un nuevo patrón para Toledo.

UN NUEVO SANTO TOLEDANO INVENTADO. UN MANUSCRITO INÉDITO Y UN IMPRESO RARO

El caso es que Higuera quiere promocionar en Toledo a un nuevo santo, mozárabe para más señas, el citado san Tirso, como patrono de la ciudad, cuando tal cosa no se sostenía según Salazar y otros. Evidentemente, san Tirso existió, pero no es cierto que fuera natural ni vecino de Toledo ni que hubiera sido patrón de la ciudad hacía seiscientos años ni que hubiera tenido un templo consagrado. Y todo había empezado hacia finales de 1594 y principios del año siguiente en la ciudad de Toledo, cuando efectuando unas obras cerca de la catedral se habían encontrado unas ruinas de lo que parecía ser un templo y en ellas un tapador con dos letras (C

9. Vilar, 1968.

10. Laínez Alcalá, 1958.

y S) que la imaginación portentosa de Higuera había resuelto sin dilación: eran las ruinas del antiguo templo de san Tirso y las iniciales correspondían al arzobispo Cixila y al rey Silo.

Todo era un invento del padre Higuera, que quiere hacer además a Tirso santo mozárabe, es decir, cristiano descendiente de los godos, que mantuvo su fe durante la dominación árabe en España, para favorecer a sus amigos los capellanes mozárabes de tu tiempo. Higuera apoya sus fabulaciones con documentos supuestamente antiguos y así el cronicón de Juliani Petri, el supuesto capellán mozárabe, habla también de san Tirso:

S. Thyrsus, civis toletanus, catechumenus, Toleo egreditur in urbe Apolonia Graeciae, sub Decio, fidei illustre testimonium dat. De S. Thyrso, plura in libelo quem edidit don Alfonsus de Cárcamo, olim Toletanae urbis praetor. Vide Martyr. 28 Iuanuarii, c. & fr. Franciscum Bivarium ad Flav. Dextrum, anno 286, com. 2, p. 303¹¹.

Remite, como se ve, al impreso de Alonso de Cárcamo y al cronicón de Dextro, editado por Francisco de Vivar. Todos documentos en que se aprecia la mano de Higuera de nuevo y todo falso, pero el jesuita escribe para sustentarlo un largo *Discurso sobre si san Tirso mártir fue español y natural de Toledo con ocasión de haber la ciudad establecido cofradía a este sancto*, conservado hoy en la biblioteca Rodríguez Moñino de la Real Academia Española. Se trata de un códice de mano del propio Higuera, escrito en fecha cercana a 1602, es decir, cuando todavía está muy reciente todo lo que tiene que ver con el patronazgo del santo y la polémica que despertó. Seguir este manuscrito de Higuera nos permite saber paso a paso, como si de una narración novelesca se tratase, lo que ocurrió en Toledo y en la corte¹².

Por ejemplo, su lectura nos enseña que según Higuera san Tirso tiene que ver con el oficio gótico, que «hizo san Isidoro, godo, no para las iglesias de los griegos ni latinos, sino para España, y es muy de los regalados oficios, solemnes y devotos que hay en todos» (fol. 2v). Es decir, que tenía que ver con los mozárabes. El templo de san Tirso lo edificó Cixila, aquí en Toledo, según recoge varias veces. Añade que los reyes de León fueron imitadores de los reyes godos, de quien descendían, y también los obispos y la clerecía. Y los godos eran imitadores de Constantinopla, y estos y los reyes de Toledo copian a los obispos y reyes de Oviedo, y el rey don Alonso escogió a san Tirso por patrón (fols. 2v-3v).

Higuera continúa diciendo que ha oído decir el maestro Alonso de Villegas hace más de medio siglo que san Tirso era natural de Toledo y da como prueba también la carta del rey Silo (otra falsificación propia), que posee García de Loáisá, y que ya tenía antes de que apareciese el tapador, y el *Cronicón* de Julián, arcipreste toledano que sigue a Dextro y otros. El templo de san Tirso se descubrió en febrero de

11. Juliani Petri, *Chronicon*, 1628, pp. 23-24.

12. Indico entre paréntesis el folio del manuscrito de Higuera del que tomo los datos que voy dando a continuación.

1595 («dos años ha», dice en fol. 5, lo que parece sugerir que se empieza a escribir el discurso en 1597 y se tarda en completar unos años), aunque en otra ocasión menciona que fue a finales de 1594. Cita varias autoridades y libros que le enviaron de la librería de Fulda, famoso monasterio alemán que es de donde Higuera argumenta que le llegan manuscritos antiguos que le sirvieron para componer los falsos cronicones, y menciona que corresponde a Toledo darle culto, aunque el santo estuviese en otros lugares (fols. 4v-5).

Para Higuera, «los cristianos godos y muzárabes, que vivían entre los moros traían su origen de godos, gente advenediza, que asentó en España [como san Tirso]» (fol. 5v). Y apunta que entre los que le creen que san Tirso era natural de Toledo está el licenciado Antonio de Covarrubias. San Tirso fue militar y fue llevado a Oviedo, pero vivió diez años en la ciudad de Toledo y apunta que «quien bien mira el oficio gótico, hallará en él este santo, que le llama patrón y pide su patrocinio, como pedimos a Dios que por ser santa Leocadia nuestra patrona, nos defienda de la cárcel del infierno». Toledo era en tiempo de los godos la primada, también en lo seglar (de ahí las cortes) y en lo religioso (de ahí la celebración de concilios) y si algunos objetan que ya tienen patronos en Toledo (santa Leocadia, los santos Eugenio e Ildefonso...), san Tirso lo era desde hace más de 600 años y la iglesia gótica celebra a san Tirso el 28 de enero. Por otra parte, se pregunta qué daño hace a Toledo recibirle por patrón sobre todo porque ya Felipe II lo tuvo por cierto cuando el corregidor Alonso de Cárcamo le presentó el libro en El Escorial y mandó que no se deshiciera su templo hasta que pudiera venir el rey a verlo y esperaba que Toledo le haga una capilla donde tuvo el templo (fols. 5v-10v).

Es verdad que el calendario gótico le hace griego, nos dice, y sin citarlo, Higuera alude a Salazar de Mendoza para preguntarse por qué el empeño de contradecir su origen toledano, y aunque solo fuera su destierro de Toledo, eso era suficiente para escogerlo por patrón. El oficio gótico tiene que ver con Alfonso VI, conquistador de Toledo. Se pregunta Higuera si Toledo será una fundación griega, ya que a la ciudad vinieron muchos griegos por ser sitio saludable y tener bonito cielo, de hecho el Tajo tiene nombre griego, y también Tirso era griego de linaje, pero «los cristianos muzárabes de Toledo siempre lo hubieron por su ciudadano y natural» (fol. 27v) y san Isidoro le compuso el himno que traducido dice así:

Con lágrimas humildes te rogamos,
mártir natural nuestro, toledano,
que para el Hacedor omnipotente
nos quite el trabajoso y duro yugo
con que somos sujetos y apremiados
y en la gloria nos dé eterna alegría.

Por otra parte, los capellanes de las seis iglesias mozárabes así lo sienten, y así como los toledanos hicieron estatua ecuestre al emperador Marco Julio Filipe cuando se hizo cristiano también pueden levantar templo a este santo, como se levantó al emperador (fols. 11-28).

El famoso jurisconsulto doctor Alonso de Narbona también toma parte en el asunto; es él quien dio el tapador recién encontrado al alférez don Pedro de Silva, que no se lo devuelve, y el corregidor Cárcamo quería apuntarse el tanto de entregarlo al rey; entonces Narbona le pide a Higuera un trabajuelo de erudición para mandarlo al monarca, en víspera de Navidad de 1594 (ya se había encontrado el tapador) y principios de 1595; pero al deán don Pedro de Carvajal le parece mejor enviarlo a don García de Losía Girón, maestro de Felipe III, no al corregidor, y llama a Higuera, que aparece con el maestro Cristóbal de Palomares, para que compongan un memorial copioso sobre el asunto (fols. 67-67v).

Cárcamo manda su memorial a Felipe II y el rey le da las gracias. Los toledanos, nos dice Higuera, son muy dados a las cosas de piedad y se regocijaron con el hallazgo. Muchísima gente iba a ver las ruinas y se consiguió mucho dinero; pero en seguida se levantó una grandísima borrasca y algunos amigos del deán se indignaron con el corregidor, que no quería ofender a nadie y en particular el canónigo Pedro Salazar de Mendoza, discípulo de Higuera, dificultó el negocio. Salazar de Mendoza es el malo de esta historia, la bestia negra de Higuera, y contra él dirige su crítica. Construye además una pequeña biografía suya¹³: nos dice el jesuita que era hijo de Hernando de Salazar, que estudió latín en Ocaña con él mismo precisamente, y derecho en Osuna, donde se graduó de doctor, y entró al servicio del cardenal Quiroga y fue privado suyo, aunque le acusaron de algunos delitos y estuvo preso, pero salió libre; volvió a la privanza de dicho príncipe de la Iglesia y le hizo de su Consejo, y don Juan Pardo y su mujer, marqueses en Malagón en el tiempo en que escribe esto, le dieron en honra la administración del Hospital del cardenal Tavera. Salazar tenía mucha amistad con el corregidor, que le apoyó todo lo que pudo en una oposición a canónigo de Toledo y, olvidado de todo esto, escribió contra el dicho corregidor lo que había mandado al rey con santa inocencia (es decir, el impreso conocido) (fols. 69v-70v).

Salazar era de los que tiraban la piedra y escondían la mano, nos dice Higuera, porque no firmó y se aprovechó del doctor Pisa, ya muy viejo, y escribió la *Apología* contra lo que había escrito el corregidor con tanto secreto que no se supo hasta que estuvo impresa, porque la mandó imprimir en su casa (es decir, en el Hospital); los oficiales se lo dijeron al doctor Alonso de Anaya, quien a su vez se lo dijo al corregidor, el cual se espantó de la conjuración en su contra, sin haber dado motivo y pidió a Higuera que hablara con Salazar de Mendoza. Higuera así lo hizo y le dijo que no escribiera contra él porque haría daño a la gente sencilla, que tenía gran vocación al santo y daba buena limosna al Hospital del Rey y que los privados del rey eran malos enemigos; pero Salazar le pregunta si quería hacer a san Tirso canónigo de la iglesia de Toledo; Higuera le replica que el donaire y las gracias no están bien contra los

13. Había nacido en la misma ciudad, donde moriría (1549-1629), procedía de la ilustre familia de los Mendoza (era tataranieta del gran cardenal de ese nombre) y llegaría a ser canónigo penitenciario (desde 1614), además de administrador del Hospital Tavera. Salazar fue buen cliente de El Greco, de hecho poseía buen número de los cuadros que el cretense pintó para Toledo y quizá fuera también su benefactor y mecenas (Sánchez Jiménez-Olivares, 2011, p. 29). Fue genealogista (escribió un libro sobre los Ponce de León) e historiador con fama de erudito. Publicó diversas obras relacionadas con los arzobispos toledanos (Tavera, Carranza, Mendoza), con las dignidades de Castilla y León, con los santos toledanos (san Ildefonso) y dejó inédita una *Monarquía de España*, que no vería la luz hasta el siglo XVIII (Madroñal, 2012).

que se pueden vengar y Salazar, que con su *Apología* pretendía satisfacer la duda de los amigos; pero para eso bastaba escribir treinta ejemplares de mano y no los quinientos impresos, le replica el jesuita, y además Higuera le recuerda que no había sido nunca historiador sino jurista; pero Salazar contesta que eran demostraciones matemáticas e Higuera contraataca diciendo que respondería con los más doctos de España. El caso es que el vulgo empezó a hablar mal del papel del corregidor, aunque otros hablaban mal de Salazar, y se enfrió la devoción del santo (fols. 71-72).

Por su parte, Palomares era muy amigo de otro jesuita famoso, Juan de Mariana, que confirmó que la supuesta carta de Silo a Cixila era apócrifa y el tapador, un embuste y se hizo un informe al alcalde mayor de Toledo. Cárcamo pidió a Higuera que respondiera a la *Apología* de Salazar, pero este dijo que la Compañía de Jesús no le daba permiso, que se lo pidiese a los doctos de Madrid y Salamanca, pero viéndole apenado prometió ayudarle pidiendo a cambio que no se publicara con su nombre, y propuso mandar otra carta al rey con el parecer del famoso cronista Esteban de Garibay, además de un plano del templo y otro texto de Alonso de Villegas. Todo se imprime en casa de don Alonso, aunque el impresor Pedro Rodríguez teme las penas del reino, pero el corregidor le manda que lo haga. Y lo acabó en septiembre, habiendo publicado en marzo la *Apología* de Salazar de Mendoza (fols. 73-73v).

La ciudad se escandaliza con la *Apología*. El alcalde mayor acude a hablar con el corregidor, porque habían desacreditado a Higuera, y este le pide el papel para defenderse de las calumnias y descubre la letra de Salazar en un billete. Este se queja al consejo del arzobispo y dice que Higuera le infama con un libelo y se mandan dos oidores a la Compañía y hablan con don Diego de Avellaneda, que promete hacer información, y se querellan contra Higuera; pero nadie puede decir nada en su contra; sin embargo, la *Apología* sí era un libelo infamatorio, según Higuera. Don Alonso fue a El Escorial y llevó todo el impreso al rey y repartió copias por todo el reino. Entre tanto, por orden del doctor Salazar de Mendoza, hay una queja criminal contra Diego Rodríguez¹⁴, impresor del libro, y se le ponen 50.000 maravedís de multa por no tener licencia del Consejo, pero se defiende diciendo que le habían forzado; el Cardenal Infante acusa del mismo delito a Salazar, acusación más grave por imprimir sin decir lugar, año o impresor. Al final, todo el golpe recae en el pobre Higuera y los jesuitas Francisco Valdés, Juan de Mariana y Miguel Hernández (el protagonista del traslado de los restos de santa Leocadia en 1587 y amigo del deán) escriben al padre provincial Francisco de Porres para que muden a Higuera de colegio. Los peores son Mariana y Hernández, nos dice Higuera, este último propone que lo manden a Alcalá. El provincial recibe más de sesenta cartas y llama a Higuera, que no tiene miedo de que le muden, como lo hicieron cuando estaba tan a su gusto en Ocaña y le tenían por sospechoso; pero el provincial se propone defender al indefenso Higuera por lástima y le pide responda a un memorial contra él que habían hecho Mariana y Palomares, según Higuera, cosa que le confirma el provincial. Higuera se considera acosado por los ricos y poderosos de la ciudad, que lo quieren derribar con un soplo, según dice (fols. 74v-78).

14. Se equivoca Higuera en el nombre, tuvo que ser su padre Pedro Rodríguez, porque el hijo no empieza a imprimir hasta algunos años más tarde.

En el memorial, se acusaba a Higuera de tres cosas : 1) de alborotar a la ciudad con sus mentiras, pero otros le defiende de esta acusación, como Luiz Pérez de Zayas; sin embargo, los de mal alma y malas lenguas, en especial otra vez Salazar de Mendoza, le siguen atacando, a pesar de que le había acompañado a este cuando estaba solo y enfermo, nos dice; 2) de haber fingido la carta del rey Silo y falseado la letra, pero otros padres mayores de la Compañía certificaron que se escribió hacía dos años, cuando Higuera estaba en Ocaña; 3) de que había hecho escribir aquella carta; pero García de Loáisía la tenía en su poder antes de lo del tapador, se defiende Higuera. En conclusión, el padre provincial sentencia que Higuera es inocente y se vuelve a Madrid sin cambiarlo de colegio (fols. 78v- 79).

El discurso continúa con un recurso narratológico: manda Higuera que su pluma dé la vuelta a El Escorial, donde dejamos al corregidor don Alonso de Cárcamo. Se deshace el nublado de Salazar, aplaude la corte toda a don Alonso, el rey manda a la infanta Isabel Clara Eugenia que lea el memorial. En consecuencia, Salazar fue aborrecido de los de Toledo y raras veces subía del Hospital a la ciudad y estaba en la lista para obispar, pero su obstinación contra don Alonso y el santo le hizo caer al suelo y que «se quedase soplando las manos» (fol. 79v), dice Higuera que no pidió dañarlo, y tampoco fue admitido al Consejo arzobispal, aunque lo prentedía, y el jesuita deja de decir otras cosas por no ser para escritas. El rey dio las gracias a Cárcamo y le pidió un ejemplar del libro para la librería del Escorial.

Pero los contradictores echaron nuevos cedulones por la ciudad con otras dificultades; el archiduque se fue de gobernador a Flandes y dejó a García de Loáisía en su puesto. Salazar contaba con el favor del deán; mientras que a favor de don Alonso estaban la ciudad y el regimiento. Higuera comunica a García de Loáisía sus temores y este quiere poner fin al enfrentamiento y pone pena de excomuniación, con que se calma el asunto. Cinco meses estuvo el corregidor en El Escorial y volvió pretendiendo edificar la capilla de san Tirso con figura de hábito militar y en la otra parte, un serrucho y se hizo procesión en la cuaresma. Se encarga a Juan Bautista Monegro y a los regidores don Pedro de Ayala y Hernando Álvarez de Cisneros que hagan una hermandad con gente principal y se instituye al fiesta de san Tirso el día 28 de enero, coincidiendo con la de Carlomagno, bienhechor de Toledo. El rey quería venir a Toledo en Semana Santa. Cuando se enteró el deán por don Pedro Barroso de Ribera (que murió en 1601) de todo esto, metió miedo a los cofrades. El corregidor les requiere para que lo aprueben, pero el deán pide que lleve el libro a la Inquisición por medio del doctor Morejón y del inquisidor don Andrés de Álava; Higuera habla con este último y de paso blasona de su abuelo Juan Álvarez Romano, primer secretario que tuvo la Inquisición, y el inquisidor promete favorecer a Higuera. El doctor Morejón, amigo del deán, admite la acusación contra Higuera y también don Juan Morales, para el que hablar de san Tirso era mentar a Mahoma, según nuestro jesuita, y pide quitar cualquier retrato del santo. Nuevamente cesa la borrasca de la acusación, cuando se amenaza con enviarlo todo al provincial padre Luis de Guzmán (fols. 80v-82v).

Aquí interviene Lope, que casualmente se encuentra en Toledo en mayo de 1597 y el corregidor le encarga escribir la tragedia, que representaría el famoso cómico

Porras¹⁵. Higuera es quien le proporciona los textos en que se inspira, algunos compuestos por él mismo, y Lope tarda ocho días en escribirla y se encierra para mejor cumplir con el apremio del corregidor. Después intentan que dé licencia el Ordinario; pero el deán de la catedral consigue que no se le otorgue; el corregidor amenaza con acudir al Nuncio; el deán previene a García de Loáisía y a don Gabriel Suárez, consultor del Santo Oficio y del Consejo del Arzobispo, para que si el corregidor llegase a alguna de esas dos instancias, le cerrase la puerta. Su argumento era que el hacer o deshacer patronos de Toledo no era cuestión de seculares. Higuera interviene y pide que el corregidor le mande la tragedia al deán; Lope acude con la comedia y la lee al deán, con la asistencia, entre otros, del bibliotecario maestro Palomares. El deán alaba mucho la tragedia porque estaba muy bien hecha y contenía buena doctrina pero no da licencia para que se representase en Toledo, el corregidor se toma entonces el empeño de hacerla representar, aun sin la licencia del deán porque pide parecer y le dicen que no contenía nada escandaloso ni malos ejemplos, por tanto pide al Santo Oficio que la vea y apruebe. Don Andrés de Álava la ve y le gusta por el ingenio y piedad que tenía, de manera que la comedia estaba a punto de representarse públicamente; pero entonces cambia el inquisidor, que ahora es don Antonio Morejón, el cual manda llamar a Porras y le prohíbe que represente la obra y llama también a Lope y le pide la comedia, pero este se excusa diciendo que la tiene el corregidor. Este tenía preparadas dos postas, por si apresaban al dramaturgo, para denunciar el hecho ante el Consejo Real y de la Santa Inquisición. Al final no lo apresan y Lope pide su comedia al corregidor, este se niega a darla, porque argumenta que el tribunal que se la pedía no era competente en el asunto.

En febrero de 1598 deja la vara el corregidor Cárcamo y el nuevo, don Francisco de Carvajal, conde de Torrejón, abandona el «negocio» de san Tirso; para colmo de males, la muerte del rey hace que se olvide el asunto. Pero todo esto tuvo sus castigos, nos recuerda Higuera para demostrar quién había vencido: el doctor Morejón muere, García de Loáisía cae en desgracia con el rey y muere también al poco tiempo, accidentalmente se quemaron algunos libros de la biblioteca de otros contradictores que ayudaron a Salazar de Mendoza, el cual se queda sin los apoyos que tenía para ser promovido a obispo; por su parte, el marqués de Malpica, don Pedro Barroso, muere también repentinamente y sin los sacramentos. Era, parece sugerírsenos, la venganza del santo y la confirmación de que tenía razón su principal defensor, el padre jesuita (fols. 85v-87v).

Tenemos además otros testigos de privilegio en todo este asunto, que nos ayudan a entender la verdad con las versiones distintas que ofrecen sobre él. El problema planteado por Higuera partía, según nos dicen, de dos falsedades en que había tenido que ver el jesuita: por una parte, que las ruinas recién descubiertas fuesen del templo de san Tirso, cercano a la catedral, y que el tapador en realidad aludiera al rey Silo y al arzobispo Cixila; por otra parte, que la carta del tal rey Silo al tal arzobispo fuese au-

15. Es poco conocido el periodo de 1595 a 1597 en la vida de Lope, como señaló Amezcua, 1935, pp. 251-252. Sobre dicho periodo no aportan demasiada información sus biógrafos antiguos o actuales (La Barrera, Castro y Rennert, Martínez). Sabemos que a finales de 1595, vuelve a la corte de su destierro y entra al servicio del marqués de Malpica, a quien ya había servido antes (Pedraza, 2009, p. 73).

téntica. Ninguna de las dos cosas era cierta, ni las ruinas tenían por qué corresponder a un antiguo templo a san Tirso, ni el tapador tenía por qué referirse a ninguno de los dos personajes citados (posiblemente eran letras del nombre del rey Chindasvinto, según el maestro Palomares, bibliotecario de la catedral) ni la carta de Silo a Cixila era auténtica, aunque alguien la había incluido en un libro de la librería de la catedral. Todo era falso y producto del fasario Higuera, pero había conseguido confundir a algunos de los hombres más sabios, como el famoso historiador Esteban de Garibay.

Garibay al principio se había dejado engañar y cree todo lo referido a san Tirso y así lo escribe en el folleto que presenta Alonso de Cárcamo al rey, pero pronto se da cuenta del engaño y escribe una carta al monarca el 28 de octubre de 1595¹⁶, en que dice, entre otras cosas, que Cárcamo había mandado dos impresos al rey: el primero de los cuales se lo envió a Garibay el propio Felipe II, en compañía del famoso tapador, y Garibay se cree ingenuamente que la carta de Silo, inserta en el tapador, era auténtica, porque solo se fija en la fecha y porque no sospechaba que algo que se mandase al rey se pudiera fingir; pero el genealogista e historiador vasco escribe a Salazar de Mendoza, porque el autor de la carta decía haberla sacado de un libro gótico de la catedral y Salazar le dice que no existía tal libro, sino que era «impostura e invención» de Higuera. Cuenta Garibay que, en efecto, Salazar imprimió «un cuaderno sin su nombre contra el que había enviado el Corregidor a V. M»; de manera que el Corregidor hace imprimir un segundo cuaderno, en el que intervienen Higuera (sin firmar) y el maestro Villegas con su nombre, para sustentar la veracidad de dicha carta. En la carta se apoyan en la palabra latina VERNULE, de un verso del himno gótico mozárabe del dicho san Tirso y en sola esa palabra se fundan los dos nombres citados para considerar toledano al santo. El Consejo arzobispal prende al impresor Pedro Rodríguez por haber impreso el cuaderno; pero se dan cuenta de que no puede apresar a un lego porque cae fuera de su jurisdicción. Como el Corregidor teme que le pidieran el impreso, lo que hace es darse prisa en repartirlo, incluso ante el rey y escribe al propio Garibay una carta (con fecha de 21 de septiembre) para que sea de su opinión. Pero Garibay prefiere desengañar al rey y mandarle una carta firmada por el propio Salazar de Mendoza (del 12 de septiembre) donde deshace toda la patraña, incluido lo del tapador, también responsabilidad de Higuera, y donde pide Garibay al monarca que mande a un inquisidor para que haga la información correspondiente. Termina dicha carta el historiador preguntando al rey si los moros habrían consentido que junto a su mezquita mayor (la catedral hoy de los cristianos) dejaran a los cristianos «edificar iglesia».

La narración novelesca que contiene el manuscrito de Higuera y la carta de Garibay se complementa con ese impreso singular de contenido supuestamente histórico, en el que tuvieron que ver, además de Higuera y Salazar de Mendoza, el corregidor don Alonso de Cárcamo¹⁷. Las relaciones entre impreso y manuscrito evidencian que el último se basa en el primero como fuente segura, lo que equivale a decir que Villegas sirve de fuente a Higuera, que falsifica nuevamente la realidad

16. Se conserva también entre los *Papeles de Burriel*, ms. S. XVIII de la BNE, signatura ms. 13085, fols. 21-24v, de donde tomo los datos que doy a continuación.

17. Cito por el ejemplar que se halla en la BNE: R/8499; pero se puede encontrar en otras bibliotecas también, aunque sin los manuscritos que tiene nuestro testimonio.

en provecho propio¹⁸. El corregidor Cárcamo además de encargar a Lope la comedia, promovió la publicación de dos cuadernillos impresos, para lo cual buscó la colaboración de importantes intelectuales de la ciudad: el cronista Esteban de Garibay, el maestro Alonso de Villegas y el susodicho padre Higuera, entre otros. También se publicaría la *Apología* de Salazar de Mendoza (sin firma), para refutarla en otro escrito igualmente sin firmar y obra de Higuera, el segundo cuadernillo. El mismo corregidor se encargó de buscar impresor en la persona de Pedro Rodríguez y de escribir la carta preliminar que acompaña al impreso, también de llevar todo a Felipe II a El Escorial y presentarlo en favor del nuevo santo.

Un ejemplar de este impreso contiene además algunas anotaciones manuscritas y copia documentos referidos al mismo asunto, y nos permite ahora añadir nuevos datos a este espinoso negocio, que diría Higuera, como son la declaración manuscrita del citado Garibay retractándose de lo dicho en el impreso, una vez que se había comprobado la falsedad de los datos aportados por Higuera. También otras cartas fechadas igualmente en 1595, que se deben al licenciado Espinosa y al obispo de Segorbe.

Describo a continuación el citado impreso, estructurándolo por partes para diferenciar cada una:

1) fol. 1y v, signaturas A y v: [Escudo real]. Al rey, nuestro señor, don Alonso de Cárcamo, su corregidor en la ciudad de Toledo. 2) fols. 2-4v, A2-[A4v]: *Traslado de la carta y relación que envió a su Majestad el señor don Alonso de Cárcamo, corregidor de la imperial ciudad de Toledo, acerca del templo que en ella se ha hallado del señor san Tirso*. 3) fols. 5-6v, B-B2v: *Relación que hizo a su Majestad Esteban de Garibay, su coronista*. 4) fols. 7-13v, B3-Dv: *Dificultades y objeciones cerca de la opinión que el bienaventurado mártir san Tirso fue natural del Toledo y que tuvo templo en aquella ciudad, divididas en cuatro artículos*. 5) fols. 14-26, D2-G2: *Apología en que se responde a algunas objeciones y dudas puestas así contra la carta del rey Silo como contra la verdadera declaración del Himno gótico de san Tirso enviada al rey nuestro señor por don Alonso de Cárcamo, su corregidor en Toledo*. 6) fols. 26v-30v, G2v-H2v: A don Alonso de Cárcamo, corregidor de Toledo, el maestro Alonso de Villegas. 7) fols. 31-38, H3-K2: *Vida de san Tirso, mártir, colegida de diversos autores por el maestro Alonso de Villegas*. Colofón en K3: «En Toledo, por Pedro Rodríguez, 1595».

A partir de aquí se encuadernan los documentos manuscritos en copia del s. XVIII:

1) fols. [39]-[43]: Carta de Garibay fechada en Madrid a 26 de octubre de 1595, sin firma. 2) fol. [44] y v: Carta del obispo de Segorbe al maestro Cristóbal de Palomares, bibliotecario en la Iglesia de Toledo. En Alcalá, sin fecha. 3) fols. [45]-[46]v: Carta sin firma ni fecha que contradice la veracidad de las reliquias del tapador, etc. 4) fols. [47]-[49]v: Carta del licenciado Espinosa fechada en 23 de julio de 1595. Y posdata. Al final de la cual, pone: «Estos papeles manuscritos los copié de los originales, que se guardan en la famosa librería de manuscritos de la santa iglesia de Toledo, imitando las firmas del doctor Juan Bautista Pérez y la del maestro Palomares. Toledo y marzo 15 de 1754. Francisco Javier de Santiago Palomares [rubricado]». Un conjunto de documentos de

18. Sobre su figura de falsario, véase Julio Caro Baroja, 1996.

los que parte el manuscrito de Higuera, posterior en fecha al impreso que acabamos de describir, ya que entre sus folios encontramos referencia al año 1601.

De dicho impreso antiguo de Villegas y de la información que le da Higuera tiene que copiar Lope las noticias de la vida del santo que utiliza en su tragedia, una comedia por encargo, como nos recuerda el jesuita en el manuscrito de 1602¹⁹, algunos de cuyos capítulos transcribo íntegros más abajo. Como es sabido, Lope escribe muchas comedias por encargo, buena parte de las que se llaman de historia sagrada y de vidas de santos, generalmente encargadas por instituciones religiosas o civiles, como es el caso de la tragedia sobre san Tirso. Y es el propio Higuera quien da fe de que tardó en escribir la obra ocho días, en los cuales no se levantó de la cama, rodeado de libros. Por el mismo manuscrito, nos enteramos de que la obra de Lope «estaba muy bien hecha y contenía buena doctrina» y «no contenía nada escandaloso ni malos ejemplos», cosa normal por otra parte en una comedia de santos. A otro de los que la leyeron le gustaba «por el ingenio y piedad que tenía», según nos dice también Higuera.

Para el jesuita, Lope es un humanista a la altura de los poetas clásicos y señala la envidia de los demás hacia él porque «de los partos deste felicísimo ingenio está llena España, que los buenos ingenios oyen y leen con admiración y envidia, y en haberlo tenido esta edad que corre al presente, ha perdido el deseo de verse en los dorados siglos», es decir, de Grecia y Roma. Esto se escribe, según parece, en 1602 y Lope había residido en Toledo entre abril y junio de 1596, el tiempo justo para informarse y escribir la tragedia. Pero da la impresión de que Salazar de Mendoza fue desde ese momento enemigo del dramaturgo Lope y de todos los que con Lope se relacionaban, y especialmente enemigo del teatro y la literatura en general basada en falsedades²⁰. De tal manera, que la intelectualidad toledana del momento se posicionaría o a favor de Higuera, el corregidor, Alonso de Villegas o Esteban de Garibay (al principio, luego se da cuenta del engaño) y, por su puesto, Lope y sus amigos, entre otros los capellanes mozárabes (quizá con la exclusión de Francisco de Pisa) o a favor de García de Loáisía, el deán don Pedro de Carvajal, el canónigo doctor Salazar de Mendoza, los jesuitas Juan de Mariana y Miguel Hernández, todos a buen seguro enemigos de Higuera y particularmente contrarios también al teatro en general y al de Lope en particular.

Pero los datos que nos proporciona Higuera no casan con los que hemos encontrado en otras fuentes. El jesuita se equivoca en el año y ese error ha hecho pensar a los investigadores que la comedia de Lope se compone en 1596²¹. Por los documentos ahora averiguados, es en mayo de 1597 cuando Lope llega a Toledo y escribe la obra, con intención de hacerla representar. Ese año de 1597 casa mejor con los datos que tenemos de la biografía de Lope: sabemos positivamente que está en Toledo porque allí fecha una comedia de la colección de Gálvez: *El amor*

19. Higuera, *Discurso sobre san Tirso*, fol. 87: «El año pasado de 1601».

20. No muy diferente papel del canónigo de Toledo que aparece en las páginas del *Quijote* para censurar los disparates de las comedias de su tiempo (Madroñal, 2012).

21. Martínez de la Escalera, 1991 a y b.

desatinado, el 4 de junio²² y muy posiblemente recibe el encargo de otra, *El niño inocente de la Guardia*²³.

Según Higuera, desde febrero de 1597 el corregidor Cárcamo había dejado la vara y el nuevo no parecía tener demasiado interés en promover lo de san Tirso; pero ahora nos damos cuenta de que la memoria le falla al jesuita: Alonso de Cárcamo sigue en el puesto de corregidor por lo menos hasta noviembre de 1597 y solo en febrero de 1598 le sustituye el siguiente, don Francisco de Carvajal. Así se lee en el *Libro de la razón de los señores corregidores, dignidades y regidores que ha habido en los ayuntamientos de la imperial ciudad de Toledo desde el día 17 de enero del año de 1477*:

Año de 1598. Señor Don Francisco Carvajal

El señor don Francisco Carvajal, caballero de la Orden de Calatrava, presentó un título de Su Majestad del rey don Felipe Segundo, librado en El Pardo en 12 días del mes de noviembre de 1597 años, por el cual le hace merced del corregimiento de Toledo y su tierra, el cual se vio en el Ayuntamiento de Toledo en 26 de enero de 1598 años, y en siete de febrero del dicho año se mandó guardar y cumplir, y se le tomó el juramento y pleito homenaje acostumbrado, y dio la posesión. Tuvo por su alcalde mayor al licenciado Castillo de Burgos²⁴.

Así pues, el regidor Alonso de Cárcamo es quien en 1597 le encarga la comedia a Lope, que se encuentra en Toledo en mayo de ese año (y no de 1596). Un apunte del libro de actas capitulares de la catedral de Toledo termina de confirmarlo, a la vez que sugiere que los canónigos querían impedir que se representara la obra:

Viernes, 23 de mayo 1597

El dicho día, estando los dichos señores capitularmente ayuntados, cometieron a la contaduría hagan todas las diligencias que convengan sobre que no esté otra cofradía en el Hospital del Rey ni en el que se edifica de nuevo, ni advocación de santo atento que la advocación de aquel Hospital es del señor san Ildefonso, patrón desta santa Iglesia y ciudad, y sobre que san Tirso no se nombre ni rehaga patrón della, si no fuera por autoridad de su Santidad y del señor cardenal Archiduque desta santa Iglesia, constando que concurren todos los requisitos necesarios para que un santo sea patrón de una ciudad y por consiguiente de la iglesia catedral que está en ella. Y atento que se refiere que *se compone una comedia de san Tirso y se quiere representar*, se pida al vicario que la mande ver y se dé a este lugar copia y traslado della para que pueda ver si hay cosa que no convenga cerca de la historia y naturaleza del señor san Tirso y si, vista la comedia por la contaduría pareciere que tiene inconveniente, hagan todas las diligencias necesarias para que no se represente y sobre todo lo demás que está referido en este acto capitular²⁵.

La comedia se termina en pocos días, como sabemos por Higuera, y el intento de pedir licencia para su representación fuera del ámbito toledano, también se

22. García Reidy, 2004.

23. Madroñal, en prensa.

24. Archivo Municipal de Toledo, libros manuscritos, Sección B, núm. 131. Agradezco a Mariano García Ruipérez, archivero municipal, la amabilidad de enviarme este dato.

25. Archivo de la Catedral de Toledo (ACT), *Libro de Actas Capitulares*, vol. 22, fol. 34v.

quiere cortar de raíz, por quanto el mismo deán pide que cualquier movimiento en este sentido se le comunique. Así Camillo Caetani, nuncio de su Santidad, escribe al deán de la catedral de Toledo:

L'istesso m'occorre rispondere nel part[icula]r de ll'altra l[ette]ra delle SS. VV. chi qua non è venuto ancora nessuno a *chieder licenza di recitar la comidia di s. Tirso*, et venendo alcuno a far tal istanza, saro avertito di dar alle SS. Vre. ogni honesta sadisfatt[i]one si come lodo la sollicitudine che tengono che Dio sia servito come conviene. Me haveranno prontissimo sempre nelle cose di lor servitio. Guardi il Sr. le SS. VV. con quella prosperità et pace ch'io le desidero. Di Madrid, a XI di Giugno 1597²⁶.

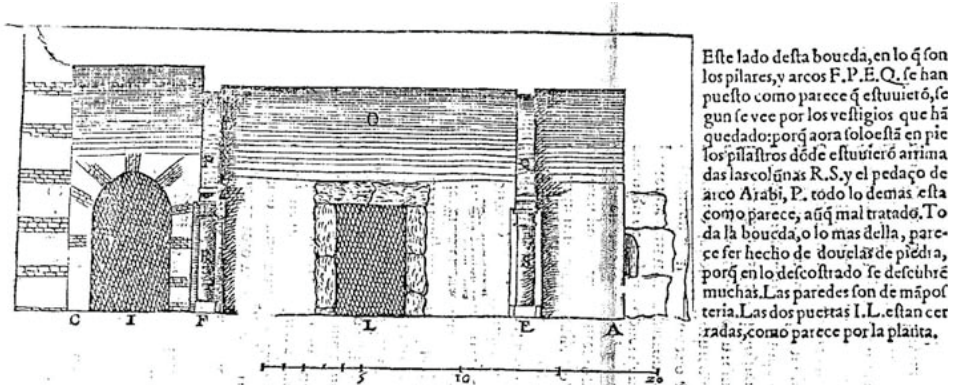
Así pues, entre el 23 de mayo y 11 de junio de 1597 Lope había terminado la comedia de *San Tirso* y se proponía representarla la compañía de Porres, cosa que nunca sucedió, según los datos del padre Higuera.

Para componer su comedia, este último tiene que seguir necesariamente a Higuera y a Alonso de Villegas en su impreso sobre la vida del santo, porque dice haberse encontrado un manuscrito antiguo que la contiene y que, seguramente, no es otro que uno de los muchos falseamientos del jesuita. Por este impreso, que reproduzco en el apéndice, podemos tener una noticia bastante cercana de lo que contendría la tragedia de Lope. Sin duda, todo lo que tiene que ver con lo espectacular y lo milagroso se prestaría bastante bien a la escenificación: caídas de ídolos paganos, destrucciones de templos, milagros como serrar una jaula de madera sin que esta ni el mártir que estaba dentro sufrieran daño alguno, muertes accidentales en escena... Todo se prestaba al efectismo edificante de esta tragedia que venía a confirmar la religión católica frente a los paganos y, sobre todo, al nuevo santo. Y todo para mayor honra de Toledo y los toledanos, que hacían gala de una nueva gloria en la ciudad.

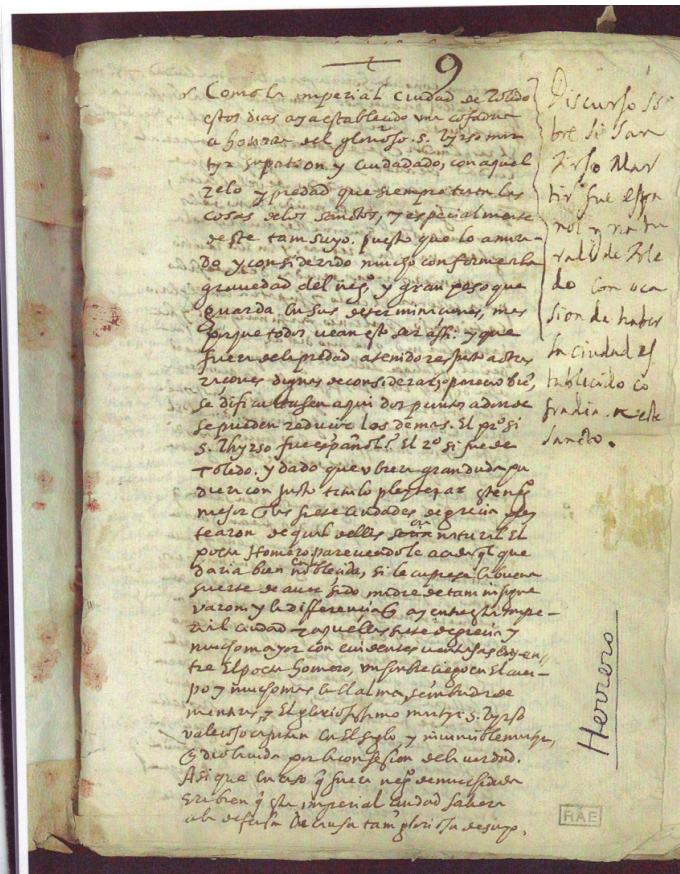


Tapador con las letras C y S.

26. ACT, Secretaría Capitular, *Correspondencia del arzobispo Gaspar de Quiroga*. El documento no tiene número de serie dentro de la caja, porque está en proceso de inventario. Agradezco al personal del archivo la amabilidad de darme noticia de tal carta.



Una de las fachadas del supuesto templo de san Tirso en Toledo. Ambos grabados en el impreso de Alonso de Cárcamo, 1595.



Principio del Discurso sobre san Tirso, de Higuera, manuscrito autógrafo de la Biblioteca Rodríguez Moñino, hoy en la Real Academia Española.

BIBLIOGRAFÍA**Fuentes**

- Marieta, Juan de, *Historia eclesiástica de los santos de España*, Cuenca, Juan Mas-selin, 1594.
- Petri, Juliani, archipresbitero S. Justa, *Chronicon*, Lutetiae Parisiorum, Laurentium Somnium, 1628.
- Román de la Higuera, Jerónimo, *Discurso sobre si san Tirso, mártir, fue español y natural de Toledo* (c1602). Ms. autógrafo, Biblioteca de la Real Academia Española, signatura RM-6683.
- Román de la Higuera, Jerónimo, *Historia eclesiástica de la imperial ciudad de Toledo*, ms. s. XVII, tomo VII, BNE, ms. 1291.
- Salazar de Mendoza, Pedro: *Crónica de el gran cardenal de España don Pedro González de Mendoza, arzobispo de la muy santa Iglesia primada de las Españas*, Toledo, María Ortiz de Saravia, 1625.
- Vega Carpio, Lope de, *Obras sueltas*, tomo IV, Madrid, Sancha, 1776.

Crítica

- Allué y Morer, Fernando, «Comedias toledanas de Lope», en *Sagrario de Toledo*, Valencia, CERES, 1958, pp. 139-158.
- Amezúa, Agustín G. de, *Lope de Vega en sus cartas. Introducción al Epistolario de Lope de Vega Carpio*, Madrid, Imprenta y Tipografía de Archivos, 1935, tomo I.
- Aranda Pérez, Francisco José, *Poder municipal y cabildo de jurados en Toledo en la Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, Toledo, Ayuntamiento de Toledo, 1992.
- Caro Baroja, Julio, *Las falsificaciones de la Historia en relación con la de España*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1996.
- García Arenal, Mercedes y Fernando Rodríguez Mediano, *Un oriente español: los moriscos y el Sacromonte en tiempos de Contrarreforma*, Marcial Pons, Madrid, 2010.
- García Reidy, Alejandro: «En torno a *La Dragontea*: Lope de Vega y su primer asalto a la poesía culta», en Verónica Arenas Lozano et al. (eds.), *Líneas actuales de investigación literaria. Estudios de literatura hispánica*, Valencia, Universidad de Valencia, 2004, pp. 231-240.
- Hitchcock, Richard, «La imagen literaria de los mozárabes en el Siglo de Oro», en *Actas del IX Congreso de la AIH*, coord. Sebastian Neumeister, Frankfurt am Main, Vervuert, 1989, vol. I, pp. 487-494.

- Laínez Alcalá, Rafael, *Don Bernardo de Sandoval y Rojas: protector de Cervantes (1546-1618)*, Salamanca, Anaya, 1958.
- Madroñal, Abraham, *Baltasar Elisio de Medinilla y la poesía toledana de principios del siglo XVII*, Madrid, Iberoamericana, 1999.
- Madroñal, Abraham, «La primera edición de la *Vida de san José* del maestro Valdivielso», *Revista de Filología Española*, 82, 2002, pp. 273-294.
- Madroñal, Abraham, «Entre Cervantes y Lope: Toledo hacia 1604», *eHumanista*, 1, 2012, pp. 300-332.
- Madroñal, Abraham, «A propósito de la fecha, fuentes y otros aspectos de *El Hamete de Toledo*, de Lope de Vega», *Anuario Lope de Vega*, 19, 2013, pp. 32-66.
- Madroñal, Abraham, «Entre la historia y la ficción: *El niño inocente de La Guardia*, de Lope de Vega», en *RILCE* (en prensa).
- Martínez Arancón, Ana, *Santoral extravagante: una lectura del Flos Sanctorum de Alonso de Villegas*, Madrid, Editora Nacional, 1978.
- Martínez de Bergantes, Rocío A. y M. Morales, «Noticias sobre el bachiller Fernando de Rojas. La "Iuris allegatio" de Hernán Suárez Franco», *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, 27, 2002, pp. 81-141.
- Martínez de la Escalera, José, «Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de san Tirso», en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1991a, pp. 69-97.
- Martínez de la Escalera, José, «La circunstancia toledana de una tragedia de Lope y el nombre Tirso», *Revista de Literatura*, 53, 1991b, pp. 631-639.
- Martz, Linda, *A Network Converso Families in Early Modern Toledo. Assimilating a Minority*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2003.
- Martínez Gil, Fernando, *La invención de Toledo: imágenes históricas de una identidad urbana*, Toledo, Almud/Ediciones de Castilla-La Mancha, 2007.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, Madrid, CSIC, 1949.
- Morley, S. Griswold y Courtney Bruerton, *Cronología de las comedias de Lope de Vega*, Madrid, Gredos, 1968.
- Olds, Katrina Beth, *The «False Chronicles» in Early Modern Spain: Forgery, Tradition ant the Invention of Texts and Relics, 1595-c1670*, Dissertation presented to the Faculty os Princeton University, 2009.
- Oleza, Joan (dir.), *Artelope. Base de datos de las comedias de Lope de Vega*. Accesible en línea en la dirección <http://artelope.uv.es/>
- Pedraza, Felipe, *Lope de Vega. Pasiones, obra y fortuna del «monstruo de naturaleza»*, Madrid, Edaf, 2009.

San Román, Francisco de Borja, *Lope de Vega, los cómicos toledanos y el poeta sastre*, Madrid, Imprenta Góngora, 1935.

Sánchez Jiménez, Antonio y Julián Olivares, «Lope de Vega y El Greco: *ut pictura poesis* en el Toledo del siglo XVII», *Bulletin of Hispanic Studies*, 88, 2011, pp. 21-41.

Vilar, Jean, «Intellectuels et noblesse: le doctor Eugenio de Narbona», *Études Ibériques*, III, 1968, pp. 7-28.

ANEXOS

1. Jerónimo Román de la Higuera: *Discurso sobre si san Tirso mártir fue español y natural de Toledo, con ocasión de haber la ciudad establecido cofradía a este sancto*. Ms. s. XVII (c1602), autógrafo de Román de la Higuera. Biblioteca Rodríguez Moñino RM/6683, fols. 83-85v.

Cómo don Alonso hizo facer una tragedia de san Tirso. Cap. XVI

Don Alonso, con el entrañable deseo que tenía de glorificar a Dios en su santo mártir, una hija que la llamó Tirsa, y quiso que don Alonso de Anaya, que entonces era vicario y canónigo de Toledo y ahora, por sus muchos y grandes partes, es del Consejo Real de Castilla, la bautizó en San Román, parroquia que entonces era deste caballero; y, ofreciéndose ocasión que en mayo [se] halló en Toledo Lope de Vega, insigne poeta natural de Madrid, secretario del duque de Alba, le pidió compusiese una insigne tragedia del martirio de san Tirso, y a Porras, representante famoso, que la aprendiese y hiciese los aparatos necesarios para la obra. Hízolo con todo cuidado Lope de Vega y me dijo a mí (con ser él tan famoso por España) que todo cuanto había compuesto en su vida era nada en comparación de aquella tragedia. Salíole tal que con mucha razón podía ser comparada con las de aquellos insignes y célebres ingenios antiguos, Sófocles y Eurípedes, que tanto celebró en sus tiempos la docta Grecia, y para sacalla más a gusto no se quiso vestir en ocho días sino solamente para oír los domingos misa, por estar desta manera atareado, y estaba en la cama rodeado de libros, que sabía él muy bien desflorar, por haber aprendido con mucha diligencia las lenguas griega y latina y vulgares algunas y saber muy bien filosofía y aprovecharse mucho de los poetas antiguos traduciéndolos en sus escritos, aun con mayor gracia y sal que se halla en los mismos originales, y de los partos deste felicísimo ingenio está llena España, que los buenos ingenios oyen y leen con admiración y envidia, y en haberle tenido esta edad que corre al presente, ha perdido el deseo de verse en los dorados siglos que llevaron tantas y tan raras calidades entre los griegos en Atenas y entre los romanos cuando más y mejor floreció Roma.

Hecha la tragedia, quedaba presentarse al Ordinario, y por orden de el mismo don Alonso, yo hablé a el doctor don Juan de Miranda en casa del príncipe Cardenal, y le supliqué de parte de don Alonso fuese servido o verla por su persona, o bien alguna persona docta que la viese y así aprobase o reprobese como causa que más conviene al servicio de Dios. Respondíome que él no podía dar aquella licencia ni

cometella a nadie y diome a entender que él no era parte pues el deán, que había tenido noticia deste trabajo, había alcanzado de el Consejo que ni se viese ni aprobase, cosa cierta manifiestamente injusta y que descubre de media legua la...de la pasión.. y... su negocio y proceder. Yo le dije que me temía que don Alonso acudiría a el Nuncio y daría cuenta a el Consejo deste manifiesto agravio. Alborotose el vicario y dijo no se intentase aquel medio, que lo sentiría mucho el Infante Cardenal por ser contra la preeminencia de su dignidad pontifical. Yo le repliqué que pues pedía justicia don Alonso la hiciese ver a quien le pareciese a su merced la viese y, en caso que no le pareciese aprobable, la reprobese y no quiso por empantanar desta manera el negocio y no dar lugar a apelación o recurso a otro mayor tribunal.

Don Juan de Miranda, a lo que parece, dio parte desta determinación de don Alonso a el deán, el cual, metido en la cólera que se puede pensar y pensando que aquello se hacía por hacelle parte, escribió luego con mucha priesa al señor García de Loaísa y previno a el doctor don Gabriel Suárez, arcediano de Madrid y canónigo de la santa Iglesia de Toledo y oidor del consejo del arzobispo y consultor del Santo Oficio de Toledo, que a la sazón estaba en negocios en Madrid (como él me contó) que estuviere prevenido y tomase los presos del Nuncio y Consejo, para que en caso que don Alonso recurriese algunos destes tribunales se le cerrase la puerta. Platicábase entonces en Toledo que san Tirso había sido patrón de aquella ciudad y que la misma ciudad le tomaba por su patrón refrescando la memoria y obligación que le tenía de antiguo esta ciudad. Lo cual llevaron pesadísimamente los émulos y contradictores de sant Tirso diciendo que el hacer o deshacer patronos no es dado a seglares, cuales eran el corregidor y ciudad, sino a el arzobispo y cabildo de aquella santa iglesia primada de España.

Los debates que hubo sobre si san Tirso era patrón y de la tragedia. Cap. XVII

Debatiose mucho entre la ciudad y cabildo sobre esta parte: si san Tirso era o no era, si había sino o no había sido, si había de ser patrón de Toledo. Metiéndose de por medio algunas personas, ofreció el deán que se escribiese al señor García de Loaísa, como a gobernador que era del arzobispado, este punto, y el Corregidor bien viniera en ello, sino que decía que por ser tío del deán, era parte interesada y así no debía ser juez, pero que él señalase un juez y don Alonso señalaría otro, o que se cometiese esta rehierta a don Pedro de Puertocarrero, obispo que entonces era de Córdoba e inquisidor general, y que lo que él determinase obedecería don Alonso y había de obedecer el deán, y que él prestaba caución por su ayuntamiento y ciudad, y que él prestase la misma por su cabildo e iglesia.

Al fin, después de muchos debates y idas y venidas que hubo con el negocio no se pudo tomar buena resolución en él. Llegábase por este tiempo la pascua del Espíritu Santo, yo supliqué al Corregidor que, así Dios le diese muy buenas pascuas, como deseaba, y viniese el Espíritu Santo en su alma con la plenitud de dones y gracias que suele su majestad colmar, cediese algo a su derecho y le enviase al deán la tragedia y pusiese este negocio en sus manos, entendiendo que por este camino se harían amigos y cesarían aquellos debates y porfías que amenazaban muchos males. Holgó dello el don Alonso, por no moverle otro fin ni pretensión en esto que la gloria de Dios y honra del santo mártir. Sucedió esto muy bien porque la

noche siguiente la vino a ver don Pedro Lasso de la Vega, señor de Batres, Cuerva y Los Arcos, que aún es conde de Los Arcos, caballero de noble pecho y mucha cristiandad, el cual, sabida la determinación de don Alonso, quiso ser el medianero y otro día fue con el recaudo de don Alonso a el deán, y asentose que otro día, sábado, víspera de Pentecostés, viniese él y Lope de Vega y se hallasen presentes no el vicario que pedía don Pedro Lasso, sino el padre fray Pedro González, maestro en Teología y catedrático de Prima de la Universidad de Toledo, de la Orden de Santo Domingo, que ... en San Pedro Mártir de aquella ciudad, y el maestro Cristóbal de Palomares, bibliotecario de la Santa Iglesia de Toledo. Empezando Lope de Vega a leer la tragedia, dijo que san Tirso tenía un templo cerca de la iglesia mayor de Toledo, lo cual contradijo el deán. Saltó a esta coyuntura el maestro Palomares y dijo: «No lo contradiga v.m., señor deán, porque no se puede negar, que yo lo defenderé a todo el mundo». Y esto tuvo por cosa maravillosa, que el que hasta allí había estado en esto más terco, se pusiese a defendello con tanto ahínco, y es que se lo había dicho así un hombre muy docto de aquella ciudad, a quien las razones que prueban esto habían hecho peso y le habían convencido que en aquellas ruinas estuvo el templo de san Tirso. Leída la tragedia, loola mucho el deán y dijo que él no sería en que se diese licencia para representalla en Toledo, pero bien en todo el arzobispado. Replicó a esto el padre maestro fray Pedro González que si tenía inconveniente de representarse en Toledo, también corrían las mismas razones en el arzobispado y que si no las había para el arzobispado, mucho menos en Toledo, y que mirase que la tragedia estaba muy bien hecha y contenía mucha doctrina y esperaba que de representarse, se había de ser con mucha gloria de Dios y honor del santo, lustre de Toledo, en provecho del pueblo cristiano. En conclusión, el deán se cerró que por ninguna manera se había de representar en Toledo y con este se acabó aquella sesión con harto disgusto del Conde y de don Alonso de Cárcamo.

Del medio que se tomó para estorbar no se representase la tragedia. Cap. XVIII

Entendió el Deán que yo era causa desta resistencia y, en realidad de verdad, que era espíritu de paz y que no pretendía ni deseaba cosa más que el corregidor y deán se hermanasen, y con esta aprehensión escribió el dicho deán al padre doctor Diego de Avellaneda un billete ofreciéndome muchas comodidades porque yo le ayudase, y, donde no, tratase de mi mudanza; el padre, como persona grave y docta y muy gran religioso que era y versado en muchos negocios, le habló diciendo cómo yo no pretendía sino la gloria del santo y que en esto él, como eclesiástico y ojo de tan santa Iglesia, me había de favorecer y agradecer mucho, pero que le era franco y en ninguna manera me mudaría de Toledo por solo pedillo él y así le suplicaba no tratase deste particular, porque si su merced era amigo de la Compañía (como de hecho lo era) no había de pedir que hiciese la religión un agravio tan conocido a sus hijos, mayormente los que no la tenía culpa y así que ni a su honra y auctoridad ni tampoco al bien que deseaba la religión estaba bien. El gobernador, que hasta allí me había favorecido y enviado a decir con don Juan de Escobedo, su primer capellán mayor, juez de los capellanes de la Capilla de los Reyes Nuevos, que me daba la mano en cuanto pudiese irritado con las causas de su sobrino el deán, me empezó a hacer guerra y a volver por su sobrino, sin acordarse de la causa del santo ni que ---. Don Alonso, que no gustaba estas cosas, irritado por el des-

abrimiento del deán y viendo que mal le había salido el honrado y humilde medio que había tomado de enviar la tragedia del deán, se resolvió en hacerla representar, tomó licencia del nuncio del Consejo Real, y no faltaban pareceres de letrados, que según las leyes del reino (sabiéndose que no contenía cosa errada ni escandalosa ni de mal ejemplo) la podría hacer representar, y sobre esto hizo su comedimiento a el Santo Oficio, pidiendo a don Andrés de Álava que su merced la viese o mandase ver y aprobase o reprobese, según que viese qué más convenía al servicio de Dios. Él dijo que no la vería como a juez perjuró de aquel Santo Tribunal---empacharse en semejantes coplas que aquello era del---. Con todo esto (como él me dijo) la vio y gustó mucho del ingenio y piedad que en ella había. Estando las cosas en este punto y acercándose el tiempo de la representación, el deán envió un billete a el inquisidor don Antonio de Morejón (que en ausencia de don Andrés de Álava presidía la sala del Santo Oficio de Toledo, como más antiguo inquisidor), en que le pedía remediase este negocio, porque estaba determinado don Alonso de hacer representar aquella tragedia. El inquisidor mandó llamar a Porras y mandole que en ninguna manera no representase aquella tragedia, hasta se viese en aquel Santo Tribunal, so graves penas y de sentencia de excomuni3n, el cual dijo obedecería como le era mandado. Tambi3n fue llamado Lope de Vega, y pidiole el inquisidor exhibiese una tragedia que haba hecho de san Tirso; 3l dijo que la tena don Alonso de C3rcamo, que 3l le requerir3a se la diese y as3 se le mandaba lo hiciese, so pena que le prender3an. A este tiempo tena el Corregidor dos postas a punto, para que en caso de que el inquisidor mandase prender a Lope de Vega, enviase luego a querellar a los consejos Real y de la Santa Inquisici3n; pero no fue necesario, pues Lope de Vega sali3o y le hizo el requerimiento que se le haba mandado, y respondi3o don Alonso que 3l no quer3a dar la tragedia, porque aquel tribunal no solo no pod3a conocer de libros en primera instancia, sino el --- y que ya 3l haba ofrecido la tragedia y que el se3or inquisidor don Andr3s le haba respondi3o que no tocaba aquel conocimiento al Santo Oficio. Dada esta respuesta, ces3o por entonces y la tragedia por entonces no se represent3o. Ofreci3osele por entonces un camino a don Alonso de C3rcamo de ir a hacer profesi3n a Calatrava, pues tena el h3bito de aquella sagrada religi3n, con que se detuvo algunos d3as, y despu3s de venido estuvo algunas semanas enfermo y luego, al principio del a3o de 1597, dej3o la vara y en el mes de febrero, con la mayor honra que jams nadie ha dado residencia en aquella ciudad ---amparaba a su alcalde mayor toda la caballer3a de Toledo y gente principal y noble y ven3a mucho de fuera de Toledo a hacer este oficio y as3 dio residencia dejando gran deseo de s3 en Toledo a quien fue para m3s que juez, mirando las cosas de grandes y chicos como si fueran propias suyas, y como don Francisco de Carvajal (que a3n es conde de Torrej3n)²⁷ le sucedi3o en el oficio, la honra que le hac3an los caballeros y ciudad pregunt3o si har3an con 3l otra tanto en tiempo de su residencia; respondi3o don Lope de Ayala, conde al presente de Fuensalida: «Como v. m. lo hiciese con la ciudad. Don Alonso, que a todos ha honrado, ser3 de favorecido y hab3dose muy como padre y como juez».

27. Fue corregidor de Toledo de 1598 a 1604, fecha en que le volvi3o a suceder don Alonso de C3rcamo.

Razones todas ---don Francisco, que se opuso llevar adelante la pretensión de san Tirso, por dar gusto al deán y complacer a ---y con esto cesó lo comenzado, y como murió el Rey (que con sus enfermedades no pudo ver las ruinas de san Tirso) mudó el corregidor ---lo que había caído en tierra y sobre ellas se puso ya la obra del Hospital; pero no está Dios olvidado de la honra de su santo ni dejará de honralle y hacer, cuando fuere servido, que se despierte su memoria, pues a su --- estuvo de dalle ánimo y fuerza y muriese por él.

2. Maestro Alonso de Villegas: *Vida de san Tirso, mártir, colegida de diversos autores*, en Alonso de Cárcamo: *Traslado de la carta y relación que envió a su Majestad el señor ---, corregidor de la imperial ciudad de Toledo, acerca del templo que en ella se ha hallado del señor san Tirso*. Toledo, Pedro Rodríguez, 1595. BNE R/8499. [Ejemplar con anotaciones manuscritas de Cristóbal Palomares], fols. 31v-37.

Tenía el imperio de los romanos Decio, incitole [el demonio] que hiciese guerra a los cristianos y fue por extremo cruel. Mandábalos prender y traer a juicio, dábales terribles tormentos y, al cabo, la muerte, no por otra causa, sino porque no dejaban la adoración del verdadero Dios y adoraban estatuas de dioses falsos y abominables. Entre otros, fueron muertos por esta ocasión tres valientes soldados de Cristo: Lucio, Tirso y Gallinico, que residían y eran moradores de la ciudad de Cesarea, de la provincia de Bitinia, a la cual vino de Nicomedia por Nicea un juez llamado Cumbricio, muy dado a la adoración de los ídolos, ofreciéndoles sacrificios y tomando muy a cargo que todos hiciesen lo mismo, compeliéndolos ya con ruegos, ya con amenazas. Delante deste pareció Leucio y le reprehendió ásperamente por la persecución que hacía a los cristianos; mas el tirano, exasperado con sus palabras, le mandó sacar fuera de la ciudad y cortar la cabeza, la cual muerte recibió Leucio con grande contento y alegría, porque llevado al martirio daba muestra más de ir a ser coronado que a ser descabezado y no se engañó, porque por medio de su muerte alcanzó corona de gloria en el cielo. Esta muerte de Leucio fue causa que muchos cristianos huyesen por diversas partes, temiendo la crueldad del tirano. Mas Tirso, noble en linaje, armado de divino celo, con santa emulación del santo mártir Leucio quiso como él presentarse de su voluntad y gana al juez. Estando allí, preguntole si era lícito hablar libremente a cada uno o solo oír y obedecer lo que él y otros jueces mandaban. Cambricio respondió: «A ninguno hasta hoy le quito la libertad de hablar, especialmente si lo que se habla no daña por ser en público».

Replicó san Tirso: «No puede dañar, antes es cosa muy útil hablar lo que aprovecha a las almas. Y así digo que, viendo el grande daño que a muchas dellas haces, pues pretendiendo que, dejada la adoración del verdadero Dios, que les es causa de su salud y bien inefable, quieres que adoren ídolos, resultará de aquí en los que te obedecieren y en tí, que lo mandas y procuras, fuego eterno. Yo libremente hablo contigo y te pregunto por qué causa o juez dejando de adorar al que crió el cielo y la tierra, adoras estatuas hechas por manos de hombres y dices a la piedra: "Tú me criaste" y al verdadero criador vuelves las espaldas y lo mismo procuras que hagan otros».

A esto respondió el presidente: «La libertad con que hablas me da a entender que estás tocado de la enfermedad que padecen los cristianos y la respuesta de tu pregunta vana puedes pedir a los que asisten a las escuelas y estudios, desocupados de negocios públicos. Lo que al Presidente conviene que hagas es que obedezcas al Emperador y sacrifiques a los dioses, donde no, responderé yo a tus palabras importunas con obras también importunas para ti de crueles tormentos».

Replicó el santo mártir ser contra buena razón el adorar ídolos y que por lo mismo, aunque el Emperador lo mandase, no debía ser obedecido. El juez dijo: «¿Por hablarte blandamente te tornas arrogante? Determinate de ir al templo y ofrecer sacrificio a los dioses, y con esto no solo alcanzarás perdón de tus libres palabras, sino premio del Emperador, que te tendrá por amigo y familiar suyo y será muy honrada tu vida». San Tirso constantemente respondió que de ninguna cosa desta vida hacía caso ni estimaba, sino la fe de Jesucristo, que ejecutase en él todo lo que tenía por orden y comisión del Emperador.

Encolerizose el juez y mandó a ciertos mozos robustos que golpeasen el rostro del santo mártir, dándole recias bofetadas y atándole fuertes correas a las manos y pies, le estirasen por partes contrarias, descoyuntándole sus miembros y sacándole los huesos de sus propios lugares. Este tormento padeció el santo mártir con tan buen semblante que parecía no tocarle, sin mostrar en su rostro algún sentimiento, sino sus mejillas rubicundas y hermosas. Visto por el Juez, mandole arrancar las pestañas y herir con hierro los ojos, y hecho esto, el santo varón, con una osadía divina, de nuevo reprehendía al tirano diciéndole:

–«Procuras, miserable, afear mi rostro y atormentarle y no echas de ver que los tormentos de veras serán los que han de atormentar tu alma? Más hermoso queda mi cuerpo cuanto más pretendes afearle, porque las heridas padecidas por Cristo y la sangre derramada por él adornan todo el hombre exterior y interior mejor que ningún otro ornamento rico y precioso y, por lo mismo, considerándolo, nos hace que estemos alegres y regocijados».

No sabía el maldito juez cómo reprimiese las palabras que el santo mártir decía, que a él grandemente lastimaban y encendían más su cólera. Mandó herir de nuevo con unas pelotas de metal sus mejillas y dientes hasta derribárselos. El mártir, con la misma alegría que tenía primero, bendecía al Señor y con su boca llagada le cantaba loores de alabanzas, siendo ocasión a que el Presidente se tornase una fragua de fuego y despidiese de sí llamas de furor y rabia.

Habló al mártir y díjole: «No pienses, Tirso, que los tormentos padecidos por ti han sido graves y ásperos, pues antes son pequeños y de poco momento, respeto de los que te quedan por padecer, y experimentándolos entenderás la paga que se da a los desobedientes y que menosprecian los mandatos del Emperador». El mártir respondió: «No tardes en ponerlos por obra, porque darás muestra de invidiar el premio que conseguiré padeciéndolos».

Mandó derretir plomo y atar al mártir desnudo sobre una cama, y entretanto que se ponía a punto este tormento, dio orden cómo hablasen al santo mártir ciertos lisonjeros y le persuadiese que adorase ídolos. Ellos le cercaron alrededor y con pa-

labras blandas le decían que no estuviese tan pertinaz, sino que obedeciese al juez y se libraría de aquellos tormentos. «Sabemos —dicen—, por haberlo oído, que tu Dios es clemente y piadoso, él verá que tus fuerzas son flacas y no se enojará contigo porque hagas los que ahora se te pide, que después puedes hacer tu voluntad».

El mártir respondió: «En ninguna manera haré lo que decís, pues si vosotros, oyendo afirmar que los tormentos que os esperan en el infierno son eternos nunca os convertís ni teméis el daño de vuestras almas, no es razón que yo mude mi propósito y ofenda a Dios por temor de tormentos que presto o se acabarán o me acabarán, y siendo libre dellos, gozaré el premio de los haber padecido por Dios en su gloria eternamente; bien al contrario de vosotros, que sin ser forzados vais contra la verdad. Y así este plomo dará testimonio de vuestra malicia y os echará en fuego que nunca perecerá, donde seréis atormentados para siempre».

Burlaban del mártir los que le oían decir esto y creían que sus amenazas eran falsas y cuanto decía, engaño. El plomo estaba derretido y derramáronlo sobre el mártir y quedaron sus espaldas bañadas dél²⁸ y, sin recibir daño y como si fuera arrojado con fuerza y violencia grande, levantándose en alto, como lluvia, caía sobre los paganos y a muchos dellos quitó las vidas y el mártir quedó libre, todos admirados y llenos de temor, el juez confuso, y no por eso perdió la ira y saña que tenía contra el mártir, sino que le llamaba «maléfico» y «hechicero». Mandole dar otros tormentos, que el mártir padeció con las misma constancia, especialmente que le animaba a que los padeciese una voz venida del cielo que también la oían los idólatras y los perturbaba y dejaba sus ánimos dudosos y perplejos; al contrario de los cristianos, que los confirmaba en la fe²⁹. Señala el Breviario gótico de san Isidoro que hicieron una máquina de madera y pusieron en ella muchas espadas, levantadas las puntas en alto y dejaron caer sobre ellas al mártir, aunque también quedó libre deste tormento. Mandole volver a la cárcel el tirano cargado de prisiones, diciendo que con mayor consejo y deliberación se había de proceder en su causa y inventarse mayores y más exquisitos tormentos.

San Tirso pedía a Dios en la prisión que tuviese por bien de darle modo cómo fuese bautizado, porque solo era catecúmeno, y perseverando en esta oración, sus prisiones le dejaron libre, las puertas de la cárcel se abrieron y él se vido sano de sus heridas. Salió de allí y guiado de una lumbre celestial, fue a cierta parte donde estaba Phileas, obispo de Cesarea, el cual, viendo a san Tirso y conociéndole, teniendo relación de lo que había padecido por Cristo, derribósele a los pies, y lo mismo hizo san Tirso y entre los dos pasaron santas y piadosas cortesías, pidiendo el uno al otro se levantase primero y le bendijese. El obispo le decía: «Bendíceme, pues eres mártir de Cristo». Tirso replicaba: «Aquí he venido por tu bendición y para que me des agua de espíritu santo, porque no he sido bautizado».

Baptizole Fileas y el santo hizo una devota oración a Nuestro Señor, dándole gracias por la ropa nueva con que le había vestido, ofreciéndose a beber el cáliz del martirio para asimilarse a su muerte. Los dos siervos de Dios tuvieron entre sí

28. Al margen : «Esto dice el libro de mano».

29. Al margen : «Lo mismo que el Breviario dice el libro de mano».

algunas razones. Despidiose san Tirso y volvió a la prisión, guiado de la misma luz que primero y acompañado de ángeles, que fueron vistos de los que merecieron verlos, adonde gastaba el tiempo en coloquios divinos. Siempre tienen los reyes y príncipes quien los lisonjee y alabe lo que hacen, aunque sea malo. Viendo al emperador Decio que tomaba busto en perseguir a los cristianos, siendo malo y detestable, un Silvano, de nación persa y en dignidad cómite o conde, hombre cruelísimo, ofreciose de servirle en este ministerio y con poderes suyos vino a Nicea, donde mostrándose religioso y dado al culto divino, hizo solemnnes sacrificios a sus demonios y luego les celebró un convite de sangre de cristianos, derramando mucha en muchas partes. Tuvo noticia del grande Tirso, que estaba en Cesarea y era invencible en padecer tormentos y que tenía admiradas las gentes con los prodigios y señales que hacía. Envió oficiales suyos para que le guardasen en la cárcel donde estaba y juntamente le persuadiesen que negase a Cristo, significándole la condición áspera y rigurosa del cómite Silvano. Fue luego a Cesarea y celebró un sacrificio a Júpiter y otro día, estando en la audiencia y a su lado Cumbricio, mandó traer allí a Tirso y que se leyese su proceso; siendo leído díjole: «No pienses, Tirso, que será lo porvenir como lo pasado. Amonéstote que obedezcas al Emperador, que sabrá gratificarte y honrarte; donde no, por mí serás con mayores tormentos atormentado cuanto fuere mayor tu porfía y pertinacia».

El santo mártir respondió: «Quien me dio fuerzas para sufrir los tormentos con que hasta aquí he sido atormentado, que es Jesucristo mi señor, a quien con el Padre y Espíritu Santo sirvo y conozco por Dios (y no a los que vosotros llamáis dioses, que tengo por ludibrio y engaño), él me libraré de vuestras manos, aunque si quieres usar de fuerza y no de razón ni hacer lo que es justo, dime cómo quieres que sacrifique y a quién, porque si veo que no debo contradecirte, obedeceré sin más resistir a lo que no pueden mis fuerzas».

Estas palabras dijo el mártir algo azucaradas porque el juez Silvano se asegurarase y quedase después avergonzado. Sucedió así, porque creyendo que tenía concluido su negocio, dijo: «Vamos al templo, que allí verás a quien has de sacrificar». Fueron al templo de Apolo y señalando el cómite la imagen con el dedo, dijo: «Aquel es el dios que nosotros honramos. Si le aplacas, oh Tirso, con ofrecerle sacrificio a él tendrás por custodio y guarda y los demás te serán propicios y benévolos». El mártir dijo: «Ahora veréis todos qué sacrificio le ofrezco a cómo le aplaco».

Pusieron los ojos en el santo los que estaban presentes y él levantó los suyos al cielo y las manos invocando el nombre y virtud inefable de Dios. Vino de repente un tronido grande y cayó en tierra la estatua de Apolo, convertida en polvo. Habloles el mártir diciendo: «Mirad los dioses que honráis cómo son figmentos y sombras, que ni sufrir pueden la invocación del verdadero Dios». Silvano se inflamó en ira grandísima, viéndose burlado a avergonzado por el santo y díjole: «Estas tus hechicerías yo las destruiré y te mostraré la utilidad y provecho que te traen».

Mandole poner en el eculeo, desnudo y con peines de hierro romper sus carnes, arrancándole pedazos dellas, que caían en tierra a vueltas de un río de sangre, aunque por esto no perdía un punto de la alegría y serenidad de su rostro y su celo en amar a Dios más se encendía el presidente le decía, burlando dél: « Este es el fruto

que sacas de tus encantos y hechizos; el cuerpo despedazado te va faltando, no queda sino que te falte la alma. ¿Ese tu Dios a quien adoras y dices que te favorece, dónde está?». Respondió el mártir: «¿Y cómo sería posible que mi cuerpo terreno y flaco padeciese tales tormentos, si no fuese favorecido de lo alto por mi Dios? Haz lo que fuere tu voluntad, que nunca yo mudaré mi propósito».

Mandó Silvano traer una caldera grande y llena de agua, darle fuego hasta hervir fuertemente y, colgado de los pies el mártir, ponerle dentro la cabeza y juntamente herir su cuerpo con crueles correas. Dentro de la agua habló el mártir increpando la crueldad del juez y alabando a Dios, diciendo con David: «Libradme, Dios mío, porque ha entrado la agua hasta lo profundo de mi alma». A esta voz la caldera reventó, la agua se derramó y él quedó libre. El tirano lo atribuía a arte mágica, encubriendo con esto su afrenta, y decía al mártir: «Cuanto más, oh Tirso, usas de encantos en tu provecho más irritas mi ánimo para inventar mayores tormentos en tu daño». Y por verse ocupado en otros negocios, mandó volver a la cárcel al santo. Y ofreciéndosele ir a la ciudad marítima de Apolonia, mandó llevar allá aprisionado al mártir, con designo de echarle en el mar para que muriese en él y su cuerpo careciese de sepultura, mas antes de ejecutarle esa sentencia, cayó sobre los dos tiranos, Silvano y Cumbricio, muriendo malas muertes, anunciándoseles primero san Tirso a Silvano que por tres días sería vivo comido de gusanos y al cuarto moriría y Cumbricio, al día siguiente, acabaría de una fiebre tan ardiente que vivo sería abrasado, y todo sucedió así. Sus cuerpos muertos daban de sí olor pestilencial, quisieron con cubrirlos de tierra disimularlo sus criados y ministros, mas de las sepulturas, luego que fueron puestos en ellas, se levantó un fuego pestilencial que levantaba la llama muy alto y despedía centellas que parecieron por toda la ciudad y la ponían en peligro de ser abrasada. Con esto, la tierra echaba de sí los cuerpos y, queriéndolos tornar a enterrar, se levantaba luego la llama y centellas y quedaban fuera. Fue llamado y rogado san Tirso que hiciese oración por esta plaga, hízola y quedaron los cuerpos sepultados. Desta vez estuvo veinte y tres días el santo mártir en la cárcel. Y después de los cuales vino otro presidente a Apamea, sucesor en el oficio y crueldad a los dos primeros, llamado Pando; este se informó de los negocios criminales que estaban indecisos y, visto el proceso del santo mártir Tirso y informado de todo lo sucedido, mandole sacar un día a audiencia pública y díjole:

–«¿Eres tú, Tirso, el que menospreciaba los mandatos de los emperadores y derribaste las estatuas del grande Apolo?». El mártir respondió: «Yo soy el que no obedezco los mandatos inicuos ni ofrezco sacrificio a las estatuas hechas por manos de hombres, sino a Jesucristo, a quien reconozco por verdadero Dios».

Pando replicó: «Hablas con osadía, pensando que estás delante de juez semejante a los pasados y crees que no te dará mayores tormentos que ellos te dieron, mas cuando experimentes lo que yo te daré y lo que puedo, crearás otra cosa y así, te amonesto a que me obedezcas». «Ya sé, dijo Tirso, que cualquier juez que viene de nuevo procura aventajarse en crueldad y en maldad a los que fueron primero, mas yo confío en Jesucristo que venceré tus tormentos y seré coronado con corona de mártir».

Visto por el tirano que de sus palabras hacía poco caso, pasó a las obras. Mandole rodear su cuerpo con fuertes cadenas y, hecho un ovillo, poner dentro de un costal y, bien cosido, echar treinta estadios dentro del mar. Luego que el santo llegó a la agua, el costal se rompió y apareciéndose un coro de ángeles en figura de mancebos vestidos de blanco, cercaron al mártir, ya libres sus miembros de las cadenas, y, como si anduvieran por tierra, salieron a la orilla. Visto el milagro por los que le habían echado en el mar, llenos de temor y espanto, volvieron a dar cuenta al presidente de lo sucedido, el cual, oyéndolo, fue a la ribera del mar y, viendo al mártir, dijo:

—«Sin duda, grandes magos y hechiceros sois vosotros los cristianos, que así enfrenáis el mar y quitáis a los elementos su propia naturaleza, aunque nada de esto os ha de valer conmigo, pues os daré crudelísima muerte». El santo respondió: «De estar ciego, como lo están los dioses que adoras, procede decir semejantes desatinos, que si tuvieses vista, verás que nunca se dijo dellos cosa semejante: que con su favor un hombre echado en el mar salga libre andando sobre las aguas, rodeado de ángeles».

El presidente dijo: «Bien veo que es cosa dificultosa quitar la vida a los que estáis en el error de los cristianos de la manera que pretendemos los jueces por las sutilezas de que usáis con vuestra arte mágica; mas yo ordenaré cómo darte a ti una muerte rabiosa sin que puedas estorbarla. Y porque me conviene ir a Cesarea, quiero llevarte allá». Y así lo hizo. Donde, sabida por los de la ciudad la venida del tirano Pando y del santo mártir Tirso, salieron muchos dellos como a recibir al presidente, y era más por ver al mártir, creyendo que su vista les sería salud a sus almas.

Estando en la ciudad, fue llevado a la cárcel san Tirso y aconsejándose el juez qué tormentos le daría, determinó de echarle a las bestias fieras. Pronunció la sentencia y dice el Metafraste (aunque el himno gótico y el original de mano lo calla) que, sabido por algunos parientes y amigos que tenía en Cesarea, fueron a la cárcel y rodeándose dél, rogábanle que se doliese de sí y evitase aquel espantoso tormento y hiciese lo que le era mandado. Decíanle también: «Mira que en hacer lo que te pide el presidente, no solo te librarás de ser despedazado cruelmente de las bestias fieras, sino que ganarás honra porque el emperador te estimará y preciará mucho, haciéndote uno de sus familiares y privados». El santo mártir, no imitando a nuestros primeros padres, que dieron oídos, Eva a la serpiente y Adán a Eva, sino a David, que se hacía sordo y mudo a las persuasiones de los malos consejeros, los apartaba de sí, permaneciendo en su santo intento.

El juez le mandó traer a su presencia, estando por hacer un solemne sacrificio a Júpiter, y hablóle blandamente diciendo: «Bien sería que admitieses la clemencia que usamos contigo, pues te habemos dado tiempo para deliberar lo que te está bien y es de tu provecho. Ya vees como toda esta ciudad ofrece sacrificios a Júpiter. Haz tú lo mismo y serás libre de ser echado a bestias fieras. El mártir, queriendo burlarse del juez y avergonzarle, como había hecho a Silvano, dijo: «por pensar si es así que Apolo tendrá queja de mí, viéndome ofrecer sacrificio a solo Júpiter, no me junto a sacrificar con los vecinos desta ciudad». Oyendo esto el juez, muy contento,

pareciéndole que ya le tenía de su parte, dijo: «Vamos al templo de Júpiter y sacríficame, que yo salgo fiador, que ningún otro dios por esto tenga ira contigo».

Estando en el templo, levantó san Tirso sus ojos al verdadero Dios y hízole oración dentro de su alma, y hecha, vino un terrible terremoto que derribó en tierra la estatua de Júpiter y atemorizó a los presentes, de tal suerte que, dejado el sacrificio cada uno huyó por su parte y más el que más podía, quedando solo el mártir en el templo. El juez, visto el engaño, acusaba su clemencia y piedad y crecía su ira contra el mártir, por verse dél burlado y afrentado. Mandó hacer un parque o cercado de maderos o tablas y que juntasen en él muchas fieras y que un día las dejasen sin comer y echasen con ellas al mártir. Antes que fuese echado, era terrible el ruido, que todas tenían fatigadas de la hambre, mas luego que fue puesto donde ellas estaban, se vido un silencio admirable. Bajaron tres ángeles del cielo y pusieronse a sus lados, cercándole y haciéndole compañía. Las bestias llegaban a él y le miraban blanda y amorosamente, los leones como ovejas venían y con sus lenguas lamían algunas llagas que tenía de los tormentos que había padecido. Los osos, blandamente, llegaban a él sus manos y también viendo algunas heridas con las lenguas y manos las limpiaban y ablandaban. Los leopardos y lobos, con las colas hiriendo en la arena, le regalaban. Estaba mucha gente a la mira y, visto el milagro, daban voces al juez, llamándole «tirano cruel» porque injustamente había dado sentencia contra el mártir. El cual hizo oración a Dios, dándole gracias, porque, como al profeta Daniel, le había librado de aquellas fieras y a ellas les mandó que sin hacer daño a persona alguna, rompiesen el cercado y se fuesen al desierto. No bien había acabado el santo esta razón, cuando con bramidos terribles y con grande ímpetu, dan en las tablas y maderos rompiéndolos y, hecha una abertura bastante, salieron todas, y sin declinar a una y otra parte, se fueron a los campos y silvas fue causa este milagro para que muchos de los gentiles se hiciesen cristianos.

El juez no sabía qué decirse mandó volver a la cárcel al santo cargado de prisiones. Y por haber de ir a la ciudad de Apolonia, mandole llevar allá, adonde hizo juntar un día mucha gente en un grande templo y mandó parecer allí a Tirso y, pidiéndole que hiciese sacrificio a los dioses, y viéndole con la misma constancia que antes, mandolo azotar con varas a ciertos mancebos robustos y hízose cruelmente. El santo mostraba no tener sentidos, todo transportado en Dios, a quien hacía oración pidiéndole que volviese por su ley santa y no fuese menosprecio de aquellos infieles, viéndole padecer a él tan crueles tormentos por su causa. Oyose a esta hora un grande ruido y las imágenes de los dioses gentílicos cayeron en tierra, y fueron cinco: de Júpiter, Apolo, Hércules, Silvano y Venus. Junto con esto, el juez se sintió atormentar con dolores terribles. Hablóle el santo y, burlando dél, le dijo: «¿Por qué no das la mano, oh presidente, a tus dioses, que tan afrentosamente están caídos en tierra y tienen necesidad de tu auxilio y favor? Afrenta es de ellos y de ti que estén en medio deste teatro caídos en tierra y los que no están ciegos en idolatrías burlan dellos, viéndolos desta suerte».

El tirano, padeciendo graves dolores, se quejaba que las hechicerías de Tirso le habían puesto en aquel estado y le serían causa de muerte. Hallose presente a este hecho un sacerdote de ídolos llamado Gallénico, hombre bien nacido y de alto

entendimiento, estimado de los gentiles por su valor y buena vida y tenido en lo que uno de sus dioses. Este, considerando lo que el santo mártir había hecho con poder y fuerzas del cielo: el haber derribado los ídolos, el repentino mal del juez, tocándole Dios el corazón y convirtiéndose a él, dijo: «Dios predicado por Tirso y que por él has hecho tantos prodigios y maravillas, recíbeme, Señor, por soldado tuyo, confírmame y corrobórame contra los enemigos de la verdad». Dicho esto, habló con artificio y ironía a Pando, diciendo: «Clarísimo presidente, este hombre tan atormentado derribó en tierra a Júpiter, el supremo de los dioses, y a Apolo diversas veces le ha despedazado y convertido en polvo, y aun Hércules, que en las batallas era invencible, también aquí a vueltas de los demás le tiene postrado en tierra, y esto no con manos ni armas ni con espada que desenvainase contra él, sino solo con las palabras, invocando el nombre de Cristo, el cual padeció muerte de cruz. Si te parece que será bueno, vamos y levantemos de tierra a Hércules, dios que en los trabajos dicen que favorece a los que le llaman, y roguémosle que vuelva por su padre Júpiter y por su hermano Apolo, que parece que están dormidos, y contaremos esta por la decimacuarta de sus hazañas, añadiéndola a las trece de que tanta fama tiene por el mundo ». No entendía el juez la burla que hacía dél Gallénico y díjole: «Yo me siento mal dispuesto, ve tú y sacrifica a los dioses y provócalos contra este mago y hechicero, para que tomen dél el debido castigo». Replicó Gallénico: «Antes entiendo que es grande el poder de su dios, pues así los ha humillado y puesto en estado que a sí mismos no podrán valerse». Entendió Pando el negocio y dijo: «¿También tú, Gallénico, ha sido engañado por este mago?».

No quiso más encubrirse, entrose en su aposento, quitose los cabellos y la barba, desnudose los ornamentos de sacerdote y con todo ello volvió al juez y arrojándolo a sus pies dijo: «Toma, presidente, los cabellos y vestidos, que con el olor y humo de los sacrificios y con el arroyo de sangre de las víctimas, están pollutos y maculados, con lo cual me aparto del error primero en que estaba y me llevo al bando de Cristo y quiero ser cristiano». El juez, admirado de aquella mudanza tan repentina, dijo: «¿Qué dices, Gallénico? ¿Es posible que han podido tanto los portentos y hechicerías de aquel mago con tu generoso ánimo, siendo ministro de los dioses, su intérprete y sacerdote y de quien has alcanzado su benevolencia, que así te han apartado de la patria religión, trayéndote a la summa desventura y miseria?». Gallénico respondió: «La causa de haberme así mudado es el mismo Hércules, de quien las fábulas pregonan tantas hazañas, viendo que a sola una palabra deste varón no pudo resistir, sino que cayó miserablemente en tierra, siendo prueba bastante de que cuanto dél y de otros dioses se dice, que denote grandeza, es fábula y cosa de risa».

«No es así, dijo el juez, sino que dándote gusto y contento los embustes prodigiosos desta gente, creyendo que harás tú lo semejante, por eso te vuelves de su bando; mas créeme que si no mudas parecer y muestras pena de lo hecho que ni este hechicero ni sus hechizos serán parte para librarte de mis manos». Gallénico dijo: «Tomemos, oh presidente, este medio: tú estás enfermo y padeces graves dolores, como muestras; vamos al templo de Esculapio y roguémosle que te sane y libre del mal que tienes y, conforme a lo que sucediere, procederemos los dos en este negocio».

Pareciole a Pando que Gallénico blandeaba algo y, muy contento, fue con él al templo de Esculapio, y entrando los dos en él, con otra mucha gente, Gallénico, levantando su rostro al cielo, dijo: «Señor Jesucristo, a quien por medio de su siervo Tirso conozco por ver[da]dero dios y aunque habiéndote yo mil veces ofendido y mostrádome contrario a tu ley, no por eso me desechaste ; suplicote, señor, que muestres en favor mío tu poder en esta hora ». Dicho esto, [fol. 36v] vino una voz de lo alto que le confortó y dio osadía para llegar al ídolo de Esculapio y decirle palabras de amenaza, las cuales, no pudiendo sufrir el ídolo, cayó a sus pies, como si por sus manos fuertes fuera derribado. Volvió a Pando y díjole: «Tampoco este puede levantarse, si no le das la mano, y por lo hecho verás que no hay aquí hechicería ni arte mágica, sino fuerzas y poder de Dios, que puede también a ti darte salud, si creyendo en él se la pidieres». El juez, sentido gravemente por ver a Gallénico tan contrario a su parte, mandole poner en la cárcel. Otro día pronunció sentencia, y mandó que Gallénico, por haberse vuelto del bando de los cristianos, fuese descabezado y a Tirso, que fue dello la causa, que fuese encerrado en una caja de madera y junto con ella aserrado, para que la muerte prolija le fuese mayor tormento. Gallénico fue llevado al martirio y, habiendo hecho oración muy devota a Dios, fue muerto por su fe santa y bautizado en su sangre, alcanzó corona de mártir.

San Tirso fue encerrado en la máquina o caja y tomándolo a cargo dos crueles verdugos, Vital y Sabino, y habiéndole estado aserrándole nueve horas, ni un cabello de su cabeza pudo partir la sierra. Hacíaseles pesadísima, de modo que sudaban y trasudaban, sin hacer algún efecto, quedando entero el madero como si la sierra no le tocara. Porfiaban ellos más en romper la caja y cuando más cansados y molidos estaban, por sí misma se hizo pedazos y el mártir salió della alegre y regocijado, así por verse libre deste tormento como por una buena nueva que llegó a sus oídos. Los presentes quedaron llenos de admiración y espanto, sin osar llegar a él, por el milagro que habían visto. La nueva que vino al santo de lo alto fue certificarle que era llegada la hora de su felicísimo tránsito, y así, hincándose de rodillas en la cárcel y lugar donde había sido atormentado, levantó los ojos al cielo y dijo: «Gracias de te doy, señor mío Jesucristo, porque siendo yo indigno de tanto bien, quieres que sea llevado en compañía de los que te agradaron. Recibe, pues, señor, mi alma en paz para ser participante de tu gloria inefable y eterna». Con esto hizo sobre sí la señal de la cruz y dio el alma en manos de su redentor. Al mismo tiempo el inicuo Pando, creciendo sus tormentos y dolores, confesando que los padecía por los tormentos que hizo padecer a san Tirso y llorando amargamente, acabó la vida. Muerto el tirano, juntáronse Cesario, obispo, y Laudocio, sacerdote, con otros muchos cristianos y dieron sepultura al santo mártir, donde hizo Dios por él muchos milagros de enfermos que sanaron de diversas enfermedades. El martirio de san Tirso fue en la persecución de Decio por los años de Cristo de docientos y cincuenta y tres. El *Breviario gótico* celebra su fiesta en veinte y cuatro de enero y en el mismo día le pone el *Martirologio romano*. Hacen dél mención Nicéforo Calixto, lib. 14, cap. 10; Sozomeno, lib. 9, cap. 2.